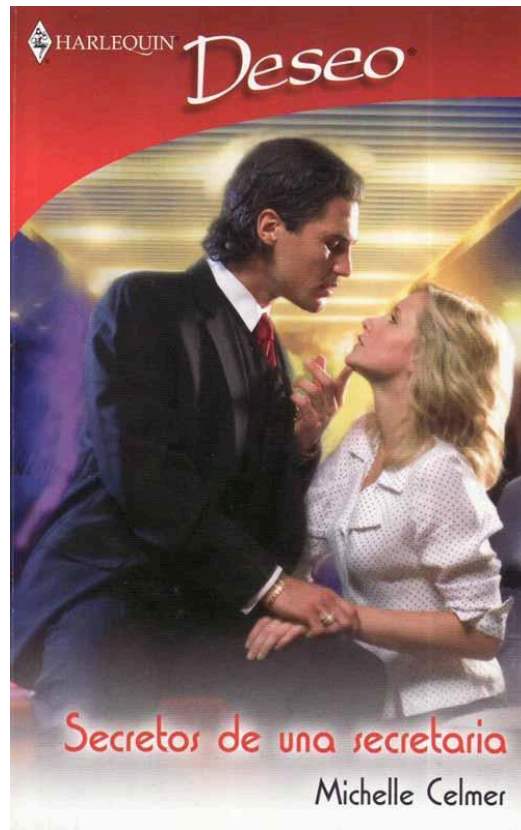


Secretos de una secretaria

Michelle Celmer



Argumento:

Entre ellos no podría haber más que una sola noche de pasión...

Acostarse con Nick Bateman no había sido precisamente la idea más inteligente que Zoë había tenido en su vida... ¡Él era su jefe! Así que, una vez había traspasado tan peligrosa línea, lo mejor sería establecer unas reglas y no infringirlas bajo ningún concepto.

La pasión de su secretaria le había sorprendido enormemente y había hecho que Nick se diera cuenta de que quería tenerla siempre para él. Pero, conociendo su pasado, sabía que no debía estropear la única relación que había significado algo en su vida. Pero entonces ella le reveló un pequeño secreto que lo cambió todo...

Capítulo Uno

Nick Bateman se quedó tumbado en la suite nupcial del hotel, haciéndose el dormido y preguntándose qué demonios acababa de hacer.

En vez de haber pasado la noche con la mujer que se suponía que sería su nueva esposa, a la que había dejado en el altar a mitad de hacer los votos, estaba durmiendo con Zoë, la gerente de su empresa.

Le hubiese gustado poder echarle la culpa al champán, pero dos botellas compartidas no eran suficientes para emborracharlo. Había estado demasiado bebido como para conducir, pero lo suficientemente sobrio para saber que no era buena idea acostarse con una empleada.

Y, lo que era peor, consideraba a Zoë una de sus mejores amigas.

Alargó la mano hacia el otro lado del colchón, que todavía estaba caliente. Olía a sexo y a feromonas y todavía tenía su perfume pegado a la piel.

Oyó un golpe y un quejido en algún lado de la habitación. Zoë llevaba varios minutos moviéndose sigilosamente, probablemente estuviese buscando su ropa. La única excusa que tenía para haber hecho aquello, aunque no fuese muy buena, era que después de que la boda hubiese sido un fracaso, se había sentido deprimido y no había pensado con claridad.

En vez de haber dicho «sí, quiero», había dicho «no quiero» y había dejado a su prometida. A su segunda prometida, de hecho. ¿Qué culpa tenía él, si se había dado cuenta justo en ese momento de que estaba cometiendo un error? ¿Sería el deseo de a esposa y formar una familia lo que lo ofuscaba? Después de un mes de relación, casi no conocía a la mujer con la que iba a casarse y sus amigos le habían advertido que sólo estaba con él por su dinero.

Qué pesadilla.

Nunca olvidaría la indignación en el rostro de Lynn cuando le había dicho:

-Lo siento, pero no puedo hacer esto.

Todavía podía sentir el golpe de su puño en la mandíbula.

Le había estado bien empleado. A pesar de ser una vampiresa chupa sangre y mentirosa, no merecía que la humillasen de esa manera. ¿Por qué no era capaz encontrar a la mujer adecuada? Hacía cinco años que se sentía preparado para sentar la cabeza. Se había imaginado que, a esas alturas, ya estaría casado y tendría al menos un hijo y otro en camino.

Nada en su vida estaba saliendo como tenía que salir. Como él había planeado.

Después de que la ceremonia terminase abruptamente, Zoë lo había llevado al hotel, donde lo esperaba la suite nupcial con el champán ya frío. No había tenido ganas de beber solo, así que la había invitado a que entrase. Ella había pedido

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

comida al servicio de habitaciones, a pesar de que Nick no tenía hambre, y le había puesto una bolsa con hielo en la mandíbula.

Zoë siempre lo había cuidado. Sobre todo aquella noche.

No estaba seguro de cómo había empezado todo. Estaban sentados, charlando y entonces ella lo había mirado de aquella manera, y lo siguiente que había pasado había sido que él le había metido la lengua en la boca y que se habían quitado la ropa el uno al otro.

La boca de Zoë estaba caliente y sabía dulce y su suave cuerpo había respondido a sus caricias. Y el sexo con ella había sido estupendo. Nunca había estado con una mujer tan... expresiva en la cama. No había tenido que averiguar qué quería porque ella se lo había pedido directamente.

Dios santo, se había acostado con Zoë.

No era que nunca hubiese pensado en ella de un modo sexual. Siempre le había atraído. Pero no era de las mujeres que hipnotizaban a los hombres con sus encantos. Era guapa, pero su belleza era una belleza sutil. Venía del interior, de su extravagante personalidad y de su fuerza.

Aun así, Nick no debía haber traspasado aquella línea. La mejor manera de acabar con una amistad con una mujer era acostándose con ella.

Y él lo sabía por propia experiencia. Afortunadamente, el daño no era irreversible. Zoë no quería ni casarse ni tener hijos, todo lo contrario que él. Al contrario que otras empleadas con las que se había acostado cuando era todavía joven, arrogante y extremadamente estúpido, ella no esperaba ni querría un compromiso por su parte.

Lo que era algo bueno.

Oyó otro golpe y otro gemido, esta vez al lado de la cama. Tenía dos opciones: o seguía haciéndose el dormido y dejaba que ella siguiese moviéndose en la oscuridad; o se enfrentaba a lo que acababan de hacer.

Nick estiró el brazo y encendió la lámpara, cuya luz lo cegó al principio, y se sorprendió gratamente al verla desnuda con su trasero a pocos centímetros de él.

Zoë Simmons dejó escapar un grito y se dio la vuelta al tiempo que se tapaba los pechos desnudos con el vestido arrugado que tenía en las manos. Aquello era como aquel sueño que solía tener en el que se paseaba desnuda por un supermercado. Aunque peor, porque estaba despierta.

Y, sinceramente, en aquellos momentos, hubiese preferido estar desnuda en una habitación llena de personas desconocidas a estar con Nick.

-Me has asustado.

Y todo para intentar escabullirse antes de que él se despertase. Para no tener que enfrentarse a lo que habían hecho. A cuantas veces lo habían hecho.

En cuantas posiciones diferentes lo habían hecho...

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

La cama estaba deshecha y los envoltorios de los preservativos estaban tirados por la mesita de noche y por el suelo. Zoë se estremeció al recordar cómo se habían acariciado. Lo increíblemente fantástico y sorprendente que había sido.

Pero no podía volver a pasar.

-¿Vas a algún sitio? -le preguntó él.

-Lo siento, pero sí.

Nick miró el reloj que había al lado de la cama.

-Es muy tarde.

Exactamente.

-Pensé que sería mejor que me marchase.

Aunque Nick no se lo estaba poniendo fácil. Estaba allí sentado, desnudo de cintura para arriba, como si fuese un dios griego, con aquellos músculos marcados y su piel dorada, y a ella lo único que le apetecía era volver a la cama con él.

No, Zoë.

Aquello tenía que terminar, y tenía que terminar en ese preciso instante.

Se dirigió al baño y recogió su bolso del suelo por el camino.

-Voy a vestirme -añadió-. Ahora hablamos.

Cerró la puerta con cerrojo y encendió la luz. Entonces dejó escapar un sonido a medio camino entre un grito de horror y una risa de sorpresa. Yeso que creía que la noche ya no podía ir peor. Tenía el pelo aplastado por un lado y de punta por el otro. La raya de los ojos se le había corrido y tenía las marcas de la almohada en la mejilla izquierda. Todo lo contrario que Nick, que estaba perfecto.

Le sorprendía que no hubiese salido corriendo de la habitación al verla.

Si hubiese habido una ventana en el cuarto de baño, se habría escapado por ella.

Se lavó la cara y utilizó un pañuelo de papel para quitarse el maquillaje de debajo de los ojos. Luego buscó una goma del pelo en el bolso. Se peinó con los dedos y se hizo una cola de caballo. No tenía ni idea de dónde podían estar su sujetador y sus medias y no tenía intención de ponerse a buscarlos. Tendría que volver así a casa.

Intentó estirar el vestido lo mejor que pudo. En su empeño por desnudarla, Nick había roto uno de los tirantes y el escote llegaba hasta más abajo de lo normal. Y la parte inferior estaba toda manchada por la copa de champán que se le había caído encima.

Era el mismo vestido que se había puesto para las dos bodas de Nick. Quizás fuese ya hora de jubilarlo. O de incinerarlo.

Zoë estudió su reflejo en el espejo y se subió el escote. Estaba pasible. Quizás si alguien la veía con aquel aspecto pensaría que era una mujerzuela. Aunque no pensaba que fuese a encontrarse a mucha gente a las tres de la mañana.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Oyó ruidos en la habitación de al lado y, por miedo a encontrarse a Nick desnudo, gritó:

-¡Boy a salir!

Como él no respondió, abrió la puerta y miró hacia fuera. Estaba sentado en la cama, sólo con los pantalones puestos y el pecho desnudo.

Y menu-do pecho. No era la primera vez que lo veía.

Pero después de haberlo acariciado... ¿Qué era la marca que tenía en el hombro izquierdo? Recordó haberle hecho un chupón también por debajo de la cintura, por no mencionar el resto de cosas que le había hecho con la boca...

Se sentía avergonzada. ¿Qué habían hecho?

Al acercarse a él se dio cuenta de que llevaba la bragueta abierta. Iba a decirle que la tenía abierta cuando recordó que ella misma se la había roto para desnudarlo. Se habían arrancado la ropa el uno al otro como si ambos hubiesen anhelado aquel momento durante diez años y ya no pudiesen esperar ni un segundo más. Zoë nunca olvidaría la manera en la que la había penetrado, con fuerza y rapidez, muy profundo. Ni tampoco el modo en que ella había enrollado sus piernas alrededor de su cintura, cómo había gemido y le había pedido más...

Dios, ¿qué habían hecho?

Apretó el bolso contra el pecho y buscó los zapatos. Tenía que salir de allí inmediatamente, antes de que hiciese algo todavía más estúpido, como quitarse el vestido y saltar encima de Nick otra vez.

-Me parece que esto es tuyo -dijo Nick sacando un sujetador negro de encaje y el tanga a juego-. Lo he encontrado debajo de las sábanas.

Fantástico.

-Gracias -respondió ella quitándoselo de la mano y metiéndolo en el bolso.

-¿Quieres que hablemos de esto?

-Si no te importa, preferiría dejarlo y hacer como si nunca hubiese ocurrido.

Nick se pasó la mano por el pelo negro y corto. Una ligera barba le surcaba el mentón, lo que explicaba que Zoë tuviese irritada la parte interna de los muslos.

-Es una manera de manejar la situación -admitió él casi decepcionado.

Nick tenía que saber tan bien como ella que aquello había sido un error. Nunca debía haber ocurrido. Y lo que era seguro era que nunca volvería a ocurrir.

Nick no era un mal tipo. Era rico, guapo y muy agradable, bueno, y también un poco testarudo y autoritario a veces. En ocasiones, a Zoë le apetecía golpearlo. Pero también era dulce cuando quería, y extremadamente generoso.

Zoë no podía entender cómo no había encontrado todavía a la mujer adecuada. Quizás pusiese demasiado empeño en ello. O eso, o tenía muy mala suerte. Era como un imán para las mujeres equivocadas.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

A ella le gustaba su propia vida tal y como era. Sin compromisos. Sin tener que ser responsable de nadie más que de ella misma y de Dexter, su gato. Ya había tenido que hacer de madre cuando había sido más joven. Mientras sus padres trabajaban, ella se había ocupado de sus ocho hermanos y hermanas pequeños. Y Nick llevaba cinco años hablando de casarse y tener un montón de hijos. Ella sólo pensaba acercarse a los pañales en el supermercado, y eso, porque estaban enfrente de la comida para gatos.

El día en que Zoë había cumplido los dieciocho años, se había marchado de casa, había estado en Michigan, Petoskey y Detroit. Y de no ser por Nick, no se habría quedado un mes en el mismo sitio. A pesar de que acababa de montar su propia constructora, o quizás por eso mismo, no la había despedido cuando se había enterado de que había mentido acerca de su experiencia como secretaria.

Lo cierto era que Zoë no sabía escribir a máquina ni tampoco era muy hábil hablando por teléfono. Pero en vez de echarla, que era lo que en realidad se había merecido, Nick había decidido salvarla. La había ayudado a terminar sus estudios y le había enseñado lo que era el negocio, y la vida. Había estado muy protegida hasta aquellos momentos y era muy ingenua.

Hasta entonces, Zoë no sabía por qué Nick se había portado tan bien con ella, por qué se había hecho cargo de ella. Pero habían congeniado desde el principio.

A cambio, Zoë había sido la única familia de Nick. La única persona en la que podía apoyarse. Nunca había parecido esperar nada más.

No podía tirarlo todo por la borda por haber cometido aquella estupidez, porque lo cierto era que, como pareja, no tenían futuro. Eran demasiado diferentes.

Se habrían matado el uno al otro la primera semana que hubiesen estado juntos.

-Es evidente que hemos cometido un gran error -comentó ella dándose cuenta de que sus carísimos zapatos estaban debajo de la cama y sacándolos con ayuda del dedo gordo del pie-. Hace mucho tiempo que nos conocemos. No me gustaría que nuestra amistad y nuestra relación laboral se estropeasen por esto.

-A mí tampoco -admitió Nick.

Se lo estaba tomando bien. No sabía por qué había esperado que Nick se mostrase decepcionado. Pero no hacía falta que estuviese de acuerdo con ella. Podía haber fingido que le hubiese gustado que volviese a ocurrir.

-Tengo que marcharme.

Nick se puso en pie. A pesar de los tacones de Zoë, seguía siendo bastante más alto que ella.

-Te llevaré a casa.

-No, no -se negó ella levantando una mano para detenerlo-. No será necesario. Llamaré un taxi.

-Son más de las tres.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

No quería que la llevase a casa a medianoche porque se sentía menos... responsable. ¿Y si al llegar a casa lo invitaba a entrar? No quería que él la malinterpretase y tampoco estaba segura de ser capaz de controlarse.

Era sorprendente cómo podía afectarle a una chica una noche de tórrido sexo.

-De verdad que no hace falta.

-Entonces, llévate mi coche -insistió Nick poniéndole las llaves en la mano-. Yo tomaré un taxi mañana por la mañana.

-¿Estás seguro?

-Estoy seguro. Nick le señaló la puerta y la siguió a través de la sala de estar, que estaba a oscuras. Cuando llegó a la puerta, Zoë se volvió hacia él. La luz de la habitación iluminaba la parte derecha de su rostro, justo en la que tenía el hoyuelo.

Nick no sonreía. Casi parecía triste.

Era normal, acababa de romper con su novia. Tenía que estar triste.

-Siento lo que ha ocurrido con Lynn. Seguro que conoces a otra persona.

A otra que no fuese como su primera prometida, que el mismo día de la boda le había anunciado que quería esperar diez años a tener hijos porque había decidido centrarse en su carrera profesional. Ni como su segunda prometida, menuda pieza. Era evidente que Lynn sólo había querido el dinero de Nick, pero éste estaba tan desesperado que no se había dado cuenta. Menos mal que al final había entrado en razón.

-Lo sé.

-Supongo que no es necesario que te diga que creo que es mejor que nos guardemos lo que ha pasado para nosotros. El ambiente podría enrarecerse en la oficina si la gente se enterase.

-De acuerdo.

Parecía fácil. Casi demasiado fácil.

-Bueno, tengo que marcharme -dijo Zoë colgándose el bolso del hombro y agarrando el pomo de la puerta-. Supongo que te veré el lunes en el trabajo.

Nick apoyó la mano encima de su cabeza para que no pudiese abrir la puerta.

-Dado que esto no va a volver a ocurrir, ¿qué te parece si nos damos un último beso?

No era buena idea. De hecho, había sido un beso lo que los había metido en aquel lío. Aquel hombre podía hacer milagros con la boca. Si no la hubiese besado así, no habría acabado haciendo el amor con él.

-No creo que sea buena idea.

Él volvía a mirarla del mismo modo en que la había mirado la otra vez. Y, de pronto, parecía estar mucho más cerca de ella. Y olía tan bien, estaba tan guapo, que Zoë se sintió aturdida.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Venga, sólo uno pequeño -insistió.

Se sintió atraída hacia él como si fuese un imán. Nick le acarició la mejilla con la punta de los dedos y la peinó con cuidado. La goma del pelo se soltó y una mata de rizos rubios le enmarcó el rostro.

-Nick, no -lo rechazó, pero no hizo nada para detenerlo-. Los dos estábamos de acuerdo en que esto no debía volver a pasar.

-¿De verdad?

Le acarició el hombro y Zoë sintió cómo se rompía el otro tirante del vestido. El vestido se había quedado sin tirantes y un segundo más tarde, estaría en el suelo.

«Dios mío, allá vamos otra vez».

Nick le quitó el bolso que llevaba colgado en el otro hombro y lo dejó caer al suelo.

-El daño ya está hecho. ¿Acaso cambiaría algo que volviésemos a besarnos?

Era difícil rebatir semejante argumento, en especial porque le estaba acariciando el lóbulo de la oreja al mismo tiempo. Nick tenía razón. El daño ya estaba hecho.

¿Qué cambiaría un beso más?

-Sólo uno rápido -cedió Zoë desabrochándole los pantalones-. Siempre y cuando los dos estemos de acuerdo en que lo que pase en esta habitación se quedará en esta habitación.

-Muy bien -admitió él besándola en el hombro.

Ella sintió cómo le temblaban las piernas y se prometió que sería la última vez mientras se quitaba el vestido.

-Una vez más -murmuró enrollando las piernas alrededor de su cintura, mientras él la apretaba contra la pared y la penetraba.

Una vez más y los dos olvidarían que aquello había ocurrido...

Capítulo Dos

¿Qué podría cambiar que hiciesen el amor una vez más? Aparentemente, más de lo que Nick y ella se habían imaginado.

Zoë miró el reloj que había encima de su mesa y luego volvió a mirar en el último cajón, donde había metido la bolsa de la farmacia, debajo de los archivos de los empleados. La bolsa llevaba allí cuatro días porque a ella se le olvidaba siempre llevársela a casa después del trabajo. Quizás fuese porque estaba intentando convencerse de que estaba reaccionando de manera exagerada. Lo más probable era que tuviese un virus que terminaría pasándose solo. Un virus que la había dejado sin energías y que le causaba náuseas por las mañanas, y que hacía que le doliesen los pechos.

Ah, y que le había retrasado el periodo.

Zoë estaba segura de que tenía que existir semejante virus y que aquello no tenía nada que ver con pañales y tomas a las dos de la madrugada.

Le habría sido mucho más fácil olvidarse del tema si no hubiese estado segura al noventa por ciento de que Nick no se había puesto preservativo la última vez que habían hecho el amor contra la pared en la habitación de hotel.

Pero no podía ir a preguntárselo. Habían tardado varias semanas en volver a la normalidad. Al principio, le había sido difícil mirarlo a los ojos, sabiendo que la había visto desnuda y que la había acariciado de modo íntimo.

Cada vez que miraba las manos de Nick, las recordaba sobre su piel. Ásperas pero tiernas al mismo tiempo. Y tan grandes que habían envuelto cada parte de su cuerpo que habían tocado.

Sus estrechas caderas le recordaban cómo había enrollado ella las piernas alrededor mientras él la empujaba contra la pared. La manera en que la había penetrado. Y cómo se había deshecho ella en sus brazos.

Y su boca. Aquella boca que la había hecho derretirse...

No. No. No. «Eres mala, Zoë».

Sacudió la cabeza para sacarse el cuerpo de Nick de la cabeza, para olvidar cómo se había echado encima de ella en la cama, y cómo se había estremecido de placer. Se había prometido, al menos cien veces diarias, que no volvería a pensar en aquello. Y las aguas parecían estar volviendo a su cauce. Nick y ella podían volver a una conversación normal. Zoë no quería arriesgarse a estropearlo.

Ni siquiera se lo había contado a su hermana Faith, a pesar de que se lo contaban prácticamente todo. No obstante, la última vez que habían hablado por teléfono, a Zoë le había dado la impresión de que ésta se olía algo. Y no le habría extrañado que Faith se plantase allí sin avisar para ver qué ocurría.

Zoë tomó aire. Se estaba comportando de manera ridícula. Tenía que hacerse la prueba y olvidarse del tema. Se había gastado diez dólares en el aparato, tenía que

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

utilizarlo. Aunque esperase otra semana más, el resultado no cambiaría. O estaba embarazada o no lo estaba. Sería mejor que lo supiese lo antes posible para decidir qué hacer.

Y decidir qué le diría a Nick.

Justo cuando estaba abriendo el cajón apareció Shannon, de contabilidad, y Zoë suspiró aliviada.

-Eh, guapa, ¿vienes a comer con las chicas? Vamos a ir a Shooters.

A pesar de los nervios, estaba muerta de hambre. Aunque solía tomar sólo una ensalada al mediodía, aquel día hubiese vendido su alma por una hamburguesa con patatas fritas y un batido. Y de postre, un helado doble de chocolate. La hamburguesa, sin pepinillos.

-Suenan estupendamente.

Agarró el bolso y la chaqueta y miró hacia cajón una vez más antes de seguir a Shannon.

Lo haría en cuanto volviese de la comida. Se metería el aparato en el bolso para no olvidarlo y se haría la prueba nada más llegar a casa.

Nick recorrió el pasillo que llevaba hacia la oficina de Zoë y se asomó. Al ver que no había nadie sintió una mezcla de alivio y decepción. Había ido allí suponiendo que estaría comiendo. A pesar de que ambos se habían prometido que harían como si nada hubiese pasado, él no conseguía olvidar los detalles de la noche que habían pasado juntos. Se había esforzado en hacer como si nada hubiese cambiado, pero había algo...

Zoë parecía diferente, aunque todavía no sabía qué era.

Y no podía dejar de preguntarse qué pasaría si... ¿Y si le dijese que él no quería seguir haciendo como si nada hubiese pasado?

No estaba seguro si eso era precisamente lo que quería. ¿Serían demasiado diferentes para tener ese tipo de relación?

Ella era como un gato y él, como un perro. A Nick le gustaban los vaqueros desgastados y el cuero y ella era tan coqueta. A él le gustaban el rock clásico, y los blues con un fondo de piano. Y a ella parecía encantarle el pop de los ochenta y las cantantes femeninas, y tenía la manía de cantar villancicos en el mes de julio.

A él le gustaba comer carne con patatas, mientras ella subsistía a base de ensaladas y agua mineral. A él le gustaban los programas de documentales y los deportes, y ella prefería las películas policíacas y de chicas.

Lo cierto era que Nick no pensaba que tuviesen nada en común. Además del sexo, en lo que se habían entendido muy bien.

Aunque obviasen todas esas diferencias, ambos querían cosas diferentes de la vida. Desde que la conocía, nunca la había oído decir que quisiese tener hijos. Nick

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

no la culpaba, ya que conocía su historia familiar. Pero él había sido hijo único y había crecido con sus tíos. Se había pasado la niñez en internados y campamentos.

Quería a familia. Al menos tres hijos, quizás más. Sólo tenía que encontrar una mujer que quisiese eso mismo. Una mujer a la que le interesase más la familia que su carrera profesional. Y, en cualquier caso, una mujer que no insistiese en pasar dos semanas de luna de miel en Europa.

A él no le importaban las cosas materiales. Era feliz con su modesto apartamento y su modesto coche. Tenía una vida modesta. El dinero no hacía la felicidad. Todos los regalos que le habían hecho sus tíos nunca habían compensado la falta de amor y cariño. Sus hijos sabrían lo mucho que se les quería. Nunca se sentirían como un estorbo. Y, por supuesto, él nunca los abandonaría.

Le había costado años darse cuenta de que no había nada malo en él. Que no espantaba a la gente. Su familia tenía una larga historia de enfermedades mentales y su madre no había sido capaz ni de cuidar de ella misma, mucho menos de un hijo. Y a sus tíos nunca les había interesado tener descendencia. Les hubiese sido más fácil entregarlo a los servicios sociales cuando su madre perdió la custodia. Al menos, se habían responsabilizado de él.

¿Un coche descapotable de regalo para el día que se sacó el carné de conducir? Sin problemas.

¿Un viaje a Cancún para celebrar que había terminado los estudios? Tuyo es.

¿La mejor educación? Sin duda.

Aunque nadie le había regalado nada. Él se había esforzado para ser uno de los primeros de su clase. Quería que sus tíos estuviesen orgullosos de él, aunque ni siquiera supiesen mostrarse orgullosos. Y cuando le había pedido a su tío dinero para montar su propia empresa, él le había hecho una transferencia en menos de veinticuatro horas.

No podrían recibir un premio como padres del año, pero lo habían hecho lo mejor que habían podido.

Él lo haría todavía mejor.

Tenía que haber ahí fuera una mujer que fuese la perfecta para él. Una mujer que quisiese lo mismo que él. Y, con un poco de suerte, la encontraría antes de que fuese demasiado viejo para jugar a la pelota con su hijo o para enseñarle a patinar a su hija.

Entró en el despacho de Zoë e intentó recordar dónde guardaba los archivos del personal. Teniendo en cuenta de que no era muy ordenada, podían estar en cualquier lugar.

A pesar de ello, había conseguido hacer funcionar la oficina y se había convertido en alguien indispensable. Nick estaría perdido sin ella.

Empezó a buscar en el cajón más alto y fue descendiendo hasta encontrarlos en el último cajón, cómo no. Localizó la carpeta de un nuevo empleado, Mark O'Connell, para ver si encontraba en ella la razón por la que faltaba tanto al trabajo. Por no mencionar que siempre llegaba tarde. Nick era muy exigente con sus

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

empleados. No podía entender cómo una persona con un currículum vitae impecable podía ser tan poco de fiar en el trabajo.

Agarró la carpeta y estaba a punto de cerrar el cajón cuando vio una bolsa marrón de papel que sobresalía.

¿Qué podía ser? No recordaba haberla visto allí la última vez que había ido.

Sacó la bolsa y estaba a punto de mirar en su interior cuando oyó a alguien detrás de él.

-¿Qué estás haciendo?

Nick se dio la vuelta con la bolsa de la farmacia en la mano y descubrió a Zoë apoyada en el marco de la puerta. Acababa de volver de la comida y parecía tensa. Si Nick abría esa bolsa las cosas iban a complicarse muy rápidamente.

-Lo he encontrado en el cajón -respondió él. Cuando Zoë consiguió hablar, intentó mantenerse tranquila y ser racional. Lo contrario sólo lo habría empeorado todo.

-No me gusta que toquen mis cosas.

-¿Cómo iba a saber que era tuyo? -preguntó Nick molesto-. Estaba buscando un archivo. Necesito tener acceso a ellos para dirigir mi empresa.

Tenía razón. Zoë tenía que haberlo guardado en el coche, o en su bolso. Pero entonces no habría tenido ninguna excusa para no hacerse la prueba. Avanzó hacia él y alargó una mano.

-Tienes razón, discúlpame. ¿Me lo puedes devolver, por favor?

Nick la miró y luego volvió a mirar la bolsa.

-¿Qué es?

-Algo personal.

Zoë dio otro paso al frente y él retrocedió sonriendo.

-¿Y qué valor tiene para ti? -preguntó poniéndose la bolsa detrás de la espalda.

-No es gracioso, Nick. Devuélvemelo.

¿Cómo era posible que un hombre actuase de un modo tan pueril? No tenía hijos, ¿por qué actuaba como ellos?

Zoë siguió acercándose a él, cada vez más enfadada, con el brazo estirado.

-Por favor.

El se apartó de su camino y se puso detrás de la mesa, parecía estar divirtiéndose a juzgar por su sonrisa.

A ella le dieron ganas de abofetearlo.

¿Acaso no se daba cuenta de que no era divertido? ¿Le daba igual hacer que se sintiese molesta?

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Estás actuando como un cretino -espetó Zoë sintiéndose ruborizar-. Nick, devuélvemelo ya.

Cuanto más se enfadaba ella, más divertido parecía él.

-Debe de ser algo muy importante para que te pongas así -se burló él levantando la bolsa y poniéndola fuera de su alcance. ¿Por qué tenía que ser tan alto?-. Si de verdad lo quieres, ven a buscarlo.

Zoë dejó caer los brazos, derrotada.

-Está bien. Mira lo que hay dentro si quieres. Si los tampones te interesan...

Tampones. Ya le hubiese gustado a ella.

Nick levantó una ceja, como si no supiese si creerla o no. Bajó la bolsa y empezó a abrirla. Zoë intentó quitársela y él tiró de ella, haciendo caer el test de embarazo que había dentro.

Durante unos segundos pareció como si se hubiese detenido el tiempo. Luego, pareció avanzar a toda velocidad.

Nick miró la caja y luego la miró a ella, después volvió a mirar la caja y de pronto, la diversión desapareció de su rostro.

-¿Qué demonios es eso?

Ella cerró los ojos. Maldición, maldición, maldición.

-¿Zoë?

Abrió los ojos y lo miró.

-¿Acaso no sabes leer? -dijo quitándole la bolsa de las manos y recogiendo el aparato.

-Zoë, ¿piensas que estás...?

-¡Por supuesto que no!

-¿Tienes un retraso?

Ella lo miró agobiada.

-Por supuesto que sí, si no, no necesitarías un test de embarazo. ¿Cuánto retraso tienes exactamente?

-Sólo unos días. Estoy segura de que no es nada.

-Nos acostamos juntos hace más de un mes. ¿Cuántos días de retraso tienes?

-Dos semanas, quizás tres -confesó ella encogiéndose de hombros.

-¿Dos o tres?

-Más bien tres -admitió Zoë dejándose caer en su silla.

Nick respiró hondo. Era evidente que estaba intentando controlarse.

-¿Y por qué me estoy enterando ahora?

-Porque pensé que quizás fuese un virus o una infección o algo así.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-¿El periodo puede retrasarse por muchas razones, verdad? Como a causa del estrés.

¿Estrenada? ¿Quién estaba estresada?

-Supongo que tienes razón.

-Además, utilizamos anticonceptivos.

-¿Lo hicimos?

-Sabes que sí -respondió él indignado.

Zoë vio un rayo de esperanza. Los preservativos podían fallar, pero en muy raras ocasiones. Quizás no estuviese embarazada. Quizás todo estuviese en su cabeza.

-¿La última vez también?

-¿La última vez?

De pronto, no parecía tan seguro de sí mismo y su cara parecía decir a gritos: «Dios mío, ¿qué hemos hecho?»

-Ya sabes, cuando lo hicimos contra la pared, al lado de la puerta. ¿También utilizamos protección, no es cierto?

Nick se rascó la barbilla. Aunque se afeitase varias veces al día, siempre tenía algo de barba.

-Sinceramente, no me acuerdo.

Aquello no era bueno. Zoë sintió cómo perdía el control, sintió pánico.

-¿No te acuerdas?

-Aparentemente, tú tampoco -dijo él sentándose en una esquina de la mesa.

Tenía razón. No estaba siendo justa. No era culpa de Nick.

-Lo siento. Estoy... muy sensible.

-Lo cierto es que no recuerdo haberlo utilizado y mi cartera estaba en la otra habitación, así que supongo que no me lo puse.

Al menos estaba siendo honesto. Era evidente que los dos habían estado tan ciegos por la pasión que no habían pensado en la contracepción. Pero aquélla había sido la cuarta vez que lo hacían. ¿No se suponía que un hombre necesitaba tiempo para... recuperarse?

Precisamente le había tenido que tocar a ella hacer el amor sin protección con un tipo que tenía un súper esperma.

-Imagino que sólo hay un modo de averiguarlo -comentó Nick-. No me parece buena idea que te hagas la prueba aquí, cualquiera podría entrar en el cuarto de baño. ¿No preferirías hacerlo en tu casa o en la mía?

Aquello estaba ocurriendo de verdad. Y con Nick. Como ella no respondió inmediatamente, Nick continuó:

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-¿O prefieres hacerlo a solas?

Zoë no quería estar sola. Estaban juntos en aquello. Estaba segura de que él permanecería a su lado, pasase lo que pasase.

-Lo haremos en mi casa.

Nick se puso en pie.

-De acuerdo. Vamos.

-¿Ahora? Todavía no hemos terminado la jornada de trabajo -se quejó ella.

-No te preocupes, no van a despedirnos. La empresa es mía. Además, ya sabes lo que dicen.

-¿Que la curiosidad mató al gato?

-No, que hay que vivir el presente -la corrigió sonriendo.

Capítulo Tres

Nick condujo los diez minutos que se tardaba en llegar a casa de Zoë, en Birmingham. Casi no hablaron por el camino. ¿Qué iban a decir? Zoë pasó la mayor parte del tiempo rezando por que el resultado fuese negativo. ¿Cómo se había metido en aquel lío?

Sus padres, que eran devotos católicos, todavía pensaban que era virgen con veintiocho años. Si el resultado era positivo, ¿qué iba a decirles?

La matarían. O la repudiarían. O ambas cosas.

Y seguro que su abuela se moría del disgusto. Zoë recibiría inmediatamente la etiqueta de oveja negra de la familia.

Sus padres llevaban años acosándola para que se casase con un buen hombre y tuviese hijos. Pero ella no tenía intención de hacerlo.

Y si el hombre con el que sentase la cabeza fuese Nick, ellos estarían encantados. A pesar de no ser católico, lo adoraban. Desde la primera vez que lo había llevado a casa para el día de Acción de Gracias, lo habían tratado como a uno más de la familia. Y Nick se había dejado llevar por el caos y la locura de su familia.

Así que si tuviese que llamar a casa para decir que Nick y ella iban a casarse, la convertirían en la hija del año. Aunque lo del sexo prematrimonial seguiría siendo un escollo. Para sus padres, lo que habían hecho era pecado.

Zoë apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Quizás todo quedase en una pesadilla. Quizás si se pellizcase muy fuerte, despertaría.

Se agarró un trozo de carne con el índice y el pulgar y apretó fuerte.

-¡Ah!

-¿Qué pasa?

Zoë abrió los ojos y miró a su alrededor. Seguía en el coche de Nick, que la miraba preocupado.

-Nada. Estoy estupendamente.

-No te disgustes antes de que estemos seguros -quiso tranquilizarla él, aunque Zoë sabía que ambos estaban seguros de cuál sería el resultado. Habían hecho el amor sin protección y no tenía el periodo. El resultado iba a ser positivo.

Iba a tener un hijo de Nick.

Cuando llegaron a su casa, sacó las llaves del bolso y abrió la puerta. Nick había estado allí cientos de veces, pero aquel día le pareció... surrealista. Era como si estuviesen en el escenario de una película. Una película de terror.

Ellos eran los protagonistas y en cualquier momento saldría un lunático por la puerta de la cocina con un cuchillo en la mano y los degollaría.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Zoë se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo del sofá mientras Nick entraba en la sala de estar, que estaba abarrotada de cosas.

Los platos de la cena del día anterior seguían en la mesita de café. También había una pila con los periódicos de las dos últimas semanas al lado del sofá.

Nick miró al suelo y vio los pelos blancos del gato y se dio cuenta de que hacía tiempo que no pasaba la aspiradora. Toda su vida era un caos en aquellos momentos. Como si actuando de manera irresponsable demostrase que sería una pésima madre.

Nick miró a su alrededor e hizo una mueca.

-Deberías buscarte una señora de la limpieza.

Ella tiró el bolso encima de la mesita de café.

-No estoy de humor para reprimendas.

-Lo siento -se disculpó él metiendo la mano en el bolsillo interior de su cazadora de cuero y sacando el test de embarazo-. Supongo que lo mejor será que acabemos con esto cuanto antes.

Como si fuese él el que tuviese que hacer pis sobre un palito. Como si fuese él el que tuviese que pasar por meses de tortura si el resultado era positivo. Un tipo como Nick no aguantaría ni un mes en el nido. Quizás fuese un hombre duro, pero después de cinco minutos de trabajo duro estaría hecho polvo.

La madre de Zoë había dado a luz en casa a sus tres hermanos más pequeños y ella había tenido la mala suerte de acompañarla en el último parto. Había sido testigo del horror. Pasar por aquello una sola vez ya le parecía suficiente tortura, aunque era posible que la mayoría de las mujeres no se diesen cuenta de a lo que iban a tener que enfrentarse. Pero nueve veces. Nueve veces era una locura.

-Tengo miedo -dijo Zoë.

Nick le puso una mano encima del hombro y apretó.

-Estamos juntos en esto. Sea cual sea el resultado. Lo superaremos.

A veces le sorprendía que un hombre tan grande y corpulento, que rezumaba testosterona, pudiese ser tan tierno y dulce. Aunque también podía ser insoportable. Pero no la dejaría tirada cuando más lo necesitaba.

-Bueno, allá vamos.

Zoë tomó el test y se dirigió al baño. Cerró la puerta con cerrojo y sintió un nudo en el estómago. Abrió la caja y sacó con mano temblorosa su contenido.

-Por favor, Dios -murmuró-, que sea negativo. Leyó las instrucciones tres veces para asegurarse de que lo hacía bien y las siguió al pie de la letra. Era muy simple, teniendo en cuenta que el resultado podía cambiarle la vida. Demasiado simple. Menos de cinco minutos después, tras leer las instrucciones una vez más, tenía la respuesta.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Nick iba y venía por el salón sin perder de vista la puerta del baño y preguntándose qué estaría haciendo Zoë. Llevaba casi veinte minutos encerrada y no la había oído gritar del susto, ni tampoco de alegría, ni había oído ningún golpe que pudiese indicar que se había desmayado y caído al suelo.

Qué ironía. Cinco minutos antes de que Zoë entrase en su oficina, Nick había estado pensando en tener hijos. No con ella, ni tan pronto. Lo ideal sería casarse antes, pero así era la vida.

Al menos, su vida.

Nick estornudó ruidosamente y miró con desdén a la bola de pelo blanco que estaba tomando el sol en la ventana. El gato le devolvió la mirada también desdeñoso.

A Nick no le gustaban los gatos.

Se sentó en el sofá y apoyó los codos en las rodillas y el mentón en los puños.

¿Qué pasaría si estaba embarazada?

Lo cierto era que todo estaba ocurriendo tan rápidamente que él no sabía cómo sentirse al respecto. Lo único que sabía era que si no salía pronto del baño iba a tirar la puerta abajo. No era posible que tardase tanto tiempo. En la caja ponía que el resultado se sabía en tan sólo unos minutos.

Justo en ese momento se abrió la puerta del baño y apareció Zoë. Nick se puso en pie de un salto. No hacía falta que le preguntase cuál era el resultado, Zoë estaba blanca como la nieve.

-Vaya -murmuró él.

Zoë estaba embarazada. Iba a ser padre. Iban a ser padres. Juntos.

Zoë parecía estar a punto de desmayarse, así que él se acercó y la tomó entre sus brazos. Ella se dejó caer contra su cuerpo, estaba temblando.

Apoyó la cabeza en su pecho y lo abrazó, y él hundió la nariz entre su pelo. Su olor era especiado y dulce, como a canela y manzana. Nick se dio cuenta de que lo había echado de menos. Algo había cambiado entre ellos aquella noche en el hotel. Algo que dudaba que pudiese volver a ser lo mismo.

Se quedaron abrazados un rato, hasta que Zoë dejó de temblar y volvió a respirar con normalidad. Hasta que la rigidez de su cuerpo se fue relajando entre los brazos de Nick.

-Todo va a ir bien -dijo él agarrándola por la barbilla y levantándole la cara.

-¿Qué vamos a hacer?

-Bueno, supongo que vamos a tener un hijo -respondió Nick empezando a sonreír.

El rostro de Zoë pasó de la perplejidad al horror. Se zafó de sus brazos y dio un paso atrás.

-Oh, Dios mío.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-¿Qué pasa?

-Estás sonriendo. Estás contento.

¿Lo estaba?

La sonrisa se agrandó todavía más. Nick intentó evitarlo, pero se dio cuenta de que era imposible. Lo cierto era que estaba contento. Hacía cinco años que quería formar una familia. Era cierto que no era así como lo había planeado, y no con Zoë, pero eso no quería decir que no fuese a funcionar. No quería decir que no pudiesen, al menos, intentarlo.

-Supongo que sí -admitió él encogiéndose de hombros-. ¿Te sentirías mejor si estuviese enfadado?

-Por supuesto que no. ¿Pero te das cuenta de lo que significa? ¿De lo que voy a tener que pasar?

-Vas a tener un bebé, Zoë. Y no eres la primera mujer en la tierra que pasa por ello.

-Ya lo sé, ¿pero has presenciado un parto alguna vez?

No, pero quería hacerlo. No se perdería algo así por nada del mundo.

-Estoy seguro de que es algo fascinante.

-¿Fascinante? Yo vi cómo mi madre daba a luz a mi hermano Jonah, el pequeño.

-¿Y?

-¿Has visto la película La cosa? ¿Recuerdas la escena en la que el alien sale del tipo y empieza a salir sangre y tripas? Bueno, pues es más o menos así. Pero dura horas. Y duele por lo menos el doble. Y eso es sólo el principio -continuó Zoë-. Una vez que ha nacido hay que pasar innumerables noches en vela y cambiar cientos de pañales sucios. No se vuelve a tener ni un segundo para uno mismo, ni un momento de silencio. Gritan y lloran y piden y te asfixian. Por no mencionar que cuestan una fortuna. Luego crecen y van al colegio, tienen deberes y se rebelan. No tiene fin. Te dan preocupaciones hasta que te mueres.

Guau. Nick sabía que a Zoë le había marcado su pasado, pero no había pensado que estuviese tan traumatizada.

-Tú tuviste que cuidar de tus hermanos siendo sólo una niña. Tus padres no debieron cargarte con semejante responsabilidad. Ahora todavía estás impresionada, pero estoy seguro de que cuando pase el tiempo y lo digieras, estarás contenta.

Zoë cerró los ojos y sacudió la cabeza.

-No estoy preparada para esto. No sé si lo estaré algún día.

A Nick se le pasó una idea horrible por la cabeza. ¿Y si ella no quería tener el niño? ¿Y si quería acabar con su embarazo? Era su cuerpo, así que era ella quien debía decidir, pero él haría todo lo que estuviese en su mano para disuadirla, para hacerla entrar en razón.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-¿Quieres decir que no quieres tener el bebé?

-Supongo que no tengo elección -contestó ella confundida.

-Todas las mujeres tienen elección.

Zoë lo miró aterrada y se puso una mano protectora en el vientre. Nick pensó que probablemente no se había dado cuenta de que lo había hecho.

-No pienso deshacerme de él, si es a lo que te refieres. ¿Qué clase de persona crees que soy? Afortunadamente, no de esa clase.

-Nunca había pensado en criar a un hijo yo solo -dijo él-. Pero lo haré si es lo que tú quieres.

-¡Por supuesto que no! Yo nunca dejaría tirado a mi hijo. Es posible que mis hermanos me volviesen loca, pero los quiero con toda mi alma. No los cambiaría por nada en el mundo.

-Me estás liando.

-Voy a tener este bebé -declaró Zoë con firmeza-. Supongo que... todavía no me lo creo. No era algo que tuviese planeado. Y tú eres el último hombre de la Tierra con el que lo habría hecho. Sin ánimo de ofender.

-No te preocupes -cómo iba a ofenderse si él había pensado lo mismo unos minutos antes. Aunque no había llegado a pensar que fuese la última mujer de la Tierra...

-Mis padres van a matarme -lijo ella tirándose en el sofá-. Todavía piensan que soy una buena católica. Una virgen de veintiocho años que va a misa dos veces por semana. ¿Qué voy a decirles?

Nick se sentó a su lado. Le puso el brazo alrededor de los hombros y la echó hacia él.

Se sentía bien. Aquello era exactamente lo que necesitaba.

-Supongo que no tienes elección.

-¿Vivir el resto de mi vida en pecado?

-No -la corrigió él con una sonrisa-. Pienso que deberías casarte conmigo.

Zoë se alejó de él.

-¿Casarme contigo? ¿Estás loco?

Qué pregunta tan tonta. Por supuesto que estaba loco.

En vez de enfadarse con ella, Nick sonrió.

-¿Por qué piensas que estoy loco? Si nos casamos inmediatamente, tus padres no sabrán que estás embarazada. Problema resuelto.

¿No le parecía que casarse con alguien a quien no amaba era un problema? Bueno, se querían como amigos, pero eso no era suficiente.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Los dos estamos exaltados y confundidos. Quizás deberíamos esperar uno o dos días para procesar todo esto antes de tomar decisiones que podrían alterar nuestras vidas.

-Vamos a tener un hijo juntos. Nuestras vidas ya van a verse lo suficientemente alteradas con eso.

-Estoy de acuerdo. Tenemos muchas cosas en las que pensar.

-Mira, sé que nunca has deseado casarte...

-Y que tú lo estás deseando. ¿No te has parado a pensar que te casarías conmigo por razones equivocadas? Tú quieres casarte con un ama de casa. Alguien que tenga hijos, que te limpie la casa y que tenga la cena preparada cuando llegues del trabajo. Mira a tu alrededor, Nick. Mi vida es un caos. Mi casa es un desastre y no compro comida que no pueda calentarse en el microondas en menos de cinco minutos.

Nick no pareció herido por su rechazo, lo que hizo pensar a Zoë que casarse con él sería todavía peor idea de lo que ella había creído. Ella nunca podría ser la mujer que él estaba buscando.

Y aunque pudiesen superar aquello, nunca funcionaría. Era un hombre estupendo. Era perfecto en muchos aspectos. Salvo en uno, el más importante. No la quería.

Nick tomó una de sus manos entre las suyas. Tenía las manos rugosas y llenas de callos, de trabajar codo con codo con sus empleados durante años. Quizás fuese el propietario de la empresa y tuviese mucho dinero, pero le gustaba mancharse las manos. Le gustaba sentir el calor del sol en la espalda y respirar el aire fresco. Un día encerrado en la oficina, y se subía por las paredes.

Zoë sabía que Nick pondría todo lo que estuviese en su mano para que el matrimonio funcionase. Sería un buen marido para la afortunada que se casase con él.

Pero ella no podía hacerlo.

-Es un gesto muy noble. Pero me parece que ambos necesitamos algo de tiempo para decidir lo que queremos.

-¿Cuánto tiempo? -le preguntó él.

-Voy a pedir cita con el médico. Después tendremos tiempo de preocuparnos del resto.

Quizás el test de embarazo hubiese dado un falso positivo. Quizás lo mejor fuese hacerse un análisis de sangre y averiguar si tenían de qué preocuparse o no.

Capítulo Cuatro

-¡Enhorabuena! ¡Está usted embarazada! Si todavía no ha pedido cita para ver al doctor Gordon, pulse uno. Si desea hablar con una enfermera, pulse dos...

Zoë colgó el teléfono de la oficina.

Era oficial. Aunque ya lo hubiese sabido de antes. El análisis de sangre no había sido más que una formalidad. Era definitivo, iba a tener un hijo de Nick.

Tenía que ir a decírselo, Nick había estado yendo a su oficina cada diez minutos para preguntarle si había hecho esa llamada.

Se miró el reloj. ¿Para qué levantarse si Nick volvería a aparecer allí seis minutos más tarde?

-¿Ya?

Zoë levantó la mirada y se lo encontró apoyado en el marco de la puerta.

-Llegas antes de tiempo.

-¿Antes de tiempo? ¿Has llamado?

-He llamado.

Nick entró en la oficina y cerró la puerta.

-¿Y?

-Tal y como solía decir mi madre, he tomado el camino de la familia.

-Guau -exclamó él respirando hondo--. ¿Estás bien?

Zoë asintió. Estaba bien. Había tenido un par de días para pensar en ello y se estaba acostumbrando a la idea. Aunque aquello le complicaría la vida, tampoco era el fin del mundo. Tendría un hijo. Sería capaz de manejar la situación.

-Estoy bien.

Nick se acercó a la mesa y se sentó en el borde, frente a ella. Era evidente que estaba contento, a pesar de que intentaba disimular. ¿Por qué disimulaba? A cualquier mujer le hubiese encantado que el padre de su hijo estuviese contento en esas circunstancias.

-No pasa nada porque estés contento -le dijo Zoë-. No volverá a darme un ataque.

Él sonrió.

-Supongo que eso significa que tenemos cosas de las que hablar.

Zoë sabía exactamente a lo que se refería. Parecía tan feliz que ella estaba segura de que sería un padre estupendo. ¿Pero cómo sería como marido? No estaba segura de estar preparada para casarse. No sabía si lo estaría algún día. La idea de

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

compartir su vida con alguien, con todo el compromiso y el sacrificio que aquello implicaba... Ella era feliz con su vida.

Aunque eso no quería decir que no fuese a ser más feliz con Nick a su lado, ¿pero qué pasaría si no era así?

Tal y como le había prometido, Nick no le había vuelto a mencionar el tema de la boda mientras esperaban los resultados. Pero en esos momentos parecía estar esperando una respuesta.

-No es nada personal, Nick. Sólo... tengo miedo de que la cosa no funcione entre nosotros.

-¿Por qué no iba a funcionar? Somos amigos. Trabajamos bien juntos. Nos comprendemos -dijo él acercándose más y mirándola a los ojos-. Por no mencionar la química que hubo entre nosotros la otra noche.

Zoë hubiese deseado que no la mirase de ese modo. Se sentía aturdida. Y odiaba tener que darle la razón. Pero unas buenas relaciones sexuales, incluso unas relaciones sexuales fantásticas, no hacían que funcionase un matrimonio.

Nick se acercó todavía más a ella, tanto que pudo oler su aftershave y ver en sus ojos color avellana unos puntitos marrones.

-¿Vas a decirme que no has pensado en aquella noche al menos una docena de veces al día desde que ocurrió?

-Tampoco fue para tanto -replicó ella intentando hacerse la chula, pero la voz le salió cálida y suave. Había pensado en ello unas cien veces diarias.

Nick sonrió y puso las manos en el respaldo de la silla en la que estaba sentada Zoë, atrapándola.

-Sí que fue para tanto. Nunca habías disfrutado tanto. Admítelo.

Ella sintió su calor y experimentó un ligero mareo.

-De acuerdo, quizás tengas razón. Pero eso da igual. No quiero hacer nada de lo que podamos arrepentirnos. ¿Y si nos casamos y un mes más tarde nos damos cuenta de que nos volvemos locos el uno al otro?

-Demasiado tarde, cariño -comentó él acariciándole la mejilla y haciendo que se le acelerase el pulso-. Tú ya me has vuelto loco.

Y eso mismo era lo que estaba haciendo él con ella. Parecía que iba a besarla en cualquier momento. Y aunque ella sabía que no era buena idea, estaba deseando que lo hiciese. Ni siquiera le importaba que alguien de la oficina los pillase. Aunque si los sorprendían, diez minutos más tarde lo sabría todo el edificio. Y en aquellos momentos lo último que necesitaban era que corriese el rumor.

Zoë quería que Nick se decidiese, que la besase o que se echase para atrás. Teniéndolo tan cerca, con la mirada clavada en la suya, no podía pensar con claridad.

Quizás fuese por eso mismo por lo que lo estaba haciendo. Para desequilibrarla. Para conseguir que aceptase algo para lo que no estaba preparada.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Quiero decir que nos podemos volver locos en el significado negativo de la expresión.

-¿Qué quieres que hagamos? ¿Que empecemos a salir?

-Me parece que es demasiado tarde para eso. Socialmente nos entendemos bien. Lo que me preocupa es la vida en común.

Él volvió a sonreír y el hoyuelo apareció en su mejilla.

-Me parece la solución perfecta.

-¿Cuál?

-Irnos a vivir juntos.

-¿En la misma casa?

-Claro. Es la mejor manera de ver si somos compatibles.

Zoë no había compartido piso con nadie desde que se había marchado de casa, donde había tenido que compartir habitación con tres de sus hermanas. Las tres se ponían su ropa y utilizaban su maquillaje sin pedirle permiso. Aunque con Nick no tendría ese problema. Su ropa era demasiado pequeña para él y no se maquillaba.

En su casa, para tener algo de intimidad, había tenido que encerrarse en el baño, y la intimidad había durado máximo uno o dos minutos, antes de que alguien llamase a la puerta.

Pero en aquellos momentos tenía dos baños, si necesitaba escapar. Su casa no era demasiado grande, pero un hombre tampoco ocupaba demasiado espacio.

A no ser que Nick quisiese que fuese ella quien se mudase a su casa, que era el doble de grande. Pero él vivía en una zona en la que todas las casas estaban demasiado cerca las unas de las otras.

No debía estar permitido vivir tan cerca de los vecinos, que podían escuchar a través de las paredes. Ella soñaba con vivir algún día en una granja rodeada de extensas tierras. Se preguntó qué pensaría Nick al respecto, él había nacido y crecido en la ciudad. A pesar de que se conocían muy bien, seguía habiendo muchas cosas que no sabía de él.

Tendría que vivir con él para averiguarlas.

-¿Y si resulta que somos compatibles?

-Entonces te casarás conmigo.

-¿Así sin más?

-Así sin más.

Zoë tenía que admitir que aquello tenía sentido. ¿Cómo era posible que estuviese considerándolo? Para sus padres, aparte de las relaciones sexuales prematrimoniales, lo peor que podía hacer era vivir en pecado sin haberse casado antes. Aunque ojos que no ven...

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Si lo hiciésemos. Lo que no quiere decir que vayamos a hacerlo. Pero si lo hiciésemos, pienso que sería mejor que tú te mudases a mi casa -propuso Zoë-. Tú no tienes jardín del que ocuparte.

-Me parece bien.

-Y me parece que lo mejor será que no se lo contemos a nadie.

-Zoë. ¿Te avergüenzas de mí?

Como si eso importase.

-Ya sabes cómo es la gente aquí. No estoy preparada para que todo el mundo hable de mí. No quiero que se enteren hasta que no tomemos una decisión.

-¿Y cuándo será eso?

-¿Quieres que pongamos un plazo? ¿Qué te parece un mes?

-¿Un mes? -repitió él cruzándose de brazos y quedándose pensativo.

En un mes les daría tiempo a darse cuenta de si eran compatibles más allá de la amistad y del sexo.

-Y si en un mes no nos hemos matado el uno al otro ¿pondremos una fecha? -quiso saber Nick.

-Si conseguimos vivir juntos durante un mes, te prometo considerar seriamente tu propuesta.

-En cualquier caso, ahorraremos en gasolina viniendo juntos a trabajar -dijo él encogiéndose de hombros.

-¿Cómo es posible que estés tan tranquilo?

-Porque estoy seguro de que después de un mes viviendo juntos, estarás deseando casarte conmigo.

Zoë esperaba que tuviese razón.

-¿Por qué estás tan seguro?

-Por esto.

Se abalanzó sobre ella, que supo inmediatamente lo que iba a hacer. Iba a besarla. Lo sabía, y no hizo nada para detenerlo. Lo peor era que quería que la besase. No le importaba que aquello liase aún más las cosas, tampoco le importaba que alguien los sorprendiese.

Él tampoco le dio vueltas. La agarró por detrás de la cabeza y la besó.

Zoë casi había olvidado lo bien que besaba y lo bien que sabía. Supuso que se había forzado a olvidarlo durante las últimas semanas.

Se fue dejando llevar por él, metió los dedos entre su pelo y le clavó las uñas en la cabeza. Él la tenía sujeta por la cabeza, con firmeza y suavidad al mismo tiempo, como si no quisiese dejarla marchar. Sí, como si ella fuese a intentarlo.

Casi ni se inmutó cuando oyó que abrían la puerta y que alguien decía:

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Zoë, necesito... ¡oh!

La puerta volvió a cerrarse y la persona se marchó. Y a ella le dio igual que todo el mundo se enterase de aquello.

Nick rompió el beso y se echó hacia atrás.

-Tantos esfuerzos para que nadie se enterase.

-Sí.

A Zoë debía haberle importado que su secreto saliese a la luz, pero no le importaba. De hecho, se preguntaba si Nick volvería a besarla. Estaba segura de que si se ponía en pie e intentaba caminar sus piernas no responderían.

Sólo un beso y estaba hecha polvo.

-¿Cuándo quieres que me mude? -le preguntó él sonriendo.

«¿Qué tal ahora mismo?», pensó ella. Pero no quería parecer demasiado ansiosa. Además, era viernes. Tenían por delante todo el fin de semana para que Nick se instalase.

Qué más daba. Lo miró y sonrió.

-¿Qué te parece esta misma noche?

En el porche delantero de casa de Zoë había un reno.

Nick se quedó a su lado con las riendas en una mano y una bolsa en la otra.

Bueno, en realidad lo que tenía en la mano era una correa, y el reno era un perro. Un perro enorme y huesudo al que le habían puesto un abrigo negro.

-¿Qué es eso? -preguntó Zoë.

¿De verdad creía Nick que le iba a dejar meter esa cosa dentro de casa?

-Mi perro, Tucker. Ya sabías que tenía perro.

Sí, lo sabía, pero jamás pensó que también lo fuese a llevar.

-Pues va a ser un problema. Porque yo tengo un gato.

-Tucker es muy tranquilo. Lo más probable es que ignore a tu gato.

-¿Se comerá mis zapatos?

-No, pero le gusta recoger los teléfonos, los mandos a distancia, a veces las llaves del coche, aunque lo que más le gusta son las zapatillas de casa. Cuanto peor huelan, mejor. También le gustan los botes de sal y pimienta. Si falta algo, en el primer lugar en el que hay que mirar es en la cama.

Zoë miró al perro, que le devolvió la mirada y pareció rogarle: «Por favor, quiéreme».

-¿No se hará pis en mi alfombra?

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Está bien enseñado. Tampoco ladra, se le cae muy poco pelo y duerme aproximadamente veintitrés horas al día. No será un problema. Además, le encantará poder correr por el jardín.

Zoë volvió a mirar al perro, y luego a Nick.

-¿Vas a dejarnos entrar? Me he tomado una sobredosis de mi medicina contra la alergia para poder estar cerca de tu gato. Deberías darle una oportunidad a Tucker.

Nick tenía razón. ¿Qué problemas podía causarle un perro gigante en casa?

Prefería no pensar en ello.

Abrió la puerta.

-Siento el desorden. No he tenido tiempo de limpiar.

Nick y Tucker entraron y la habitación pareció de repente mucho más pequeña. Nick le quitó la correa al perro y la colgó en el perchero y Tucker fue directo a la entrepierna de Zoë. La olió y miró hacia arriba, como si estuviese esperando algo. Era todavía más grande de lo que le había parecido en el porche.

-Es enorme.

-Sí -asintió Nick quitándose la chaqueta de cuero y colgándola encima de la correa.

-¿Por qué me está mirando?

-Quiere que lo acaricies.

-Oh -Zoë le acarició la cabeza-. Buen perro.

Una vez satisfecho, Tucker se separó de ella para ir a explorar la casa.

-¿Estará bien solo?

-Sí, no te preocupes, no te romperá nada.

Zoë señaló la bolsa que llevaba Nick en la mano.

-¿Sólo has traído eso?

-Tengo un par de cosas más en el coche. Supongo que si necesito algo más puedo ir a casa a buscarlo.

-Puedes instalarte en la habitación de invitados.

-No recuerdo haber estado de acuerdo en eso.

-Me parece que en estos momentos el sexo sólo complicaría todavía más las cosas. Será mejor que vayamos poco a poco. Tenemos que acostumbrarnos a vivir juntos. Debemos asegurarnos de que lo nuestro no es sólo una relación física.

Nick la miró con petulancia.

-¿Estás segura de que vas a poder resistirte a mis encantos?

Eso esperaba ella, aunque estaba segura de que Nick no se lo iba a poner fácil.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Lo intentaré.

Zoë oyó un bufido proveniente de la cocina, seguido de un aullido canino. Tucker apareció en el salón y fue a refugiarse, lloriqueando, detrás de Nick. Dexter apareció en la puerta de la cocina, se sentó y se lamió una pata, como si aquello no fuese con él.

-Está sangrando -se quejó Nick indignado-. Tu gato ha atacado a mi perro.

-Estoy segura de que Tucker lo ha provocado -contestó ella, orgullosa de Dexter, que había sabido defender su territorio-. Supongo que necesitarán algo de tiempo para acostumbrarse el uno al otro.

Lo mismo que Nick y ella.

-Bueno, te ayudaré a instalarte -añadió Zoë incómoda.

Nick la siguió hasta una de las habitaciones del piso de abajo. A la izquierda estaba su despacho y a la derecha, la habitación de invitados. Nick entró y miró las cortinas y el despliegue de encajes.

-¿Rosa? -se quejó, como si le doliese sólo de verlo-. Mi testosterona se está secando. Quizás sería mejor que durmiese en el sofá. O en una tienda de campaña en el jardín.

-No te comportes como un crío. Estaba pensando que podíamos pedir algo de comida preparada para la cena.

-Me parece bien.

-Mientras lo traen sacaremos el resto de tus cosas del coche.

Nick la siguió hasta la cocina, donde Zoë abrió el cajón de los trastos y sacó un montón de cartas de todos los restaurantes de la ciudad que repartían a domicilio.

-¿Qué te apetece? -le preguntó, y él la miró con deseo-. Aparte de eso.

-No tengo ningún antojo. La embarazada eres tú. Así que elige.

Zoë decidió que cenarían pizza. Se había convertido en un alimento básico para ella últimamente. Cuanto más queso y más grasa tuviese, mejor.

Mientras esperaban la cena, sacaron el resto de las cosas del coche. La mayoría eran para el perro, que se quedó tumbado en el salón, abriendo un ojo de vez en cuando, probablemente para asegurarse de que el gato estaba a una distancia segura. Dexter estaba tumbado en el alféizar de la ventana, haciendo como si Tucker no estuviese allí.

Nick ya había estado muchas veces en su casa, pero a Zoë le resultó extraño enseñarle su territorio privado. Iba a utilizar sus toallas para secarse, lavaría la ropa en su lavadora y comería en sus platos. Zoë se sentía intimidada e invadida. No se había dado cuenta de la importancia de su decisión hasta que no lo había visto en el porche. No se había dado cuenta de lo acostumbrada que estaba a vivir sola. La mayoría de las mujeres de su edad a las que conocía estaban deseando encontrar pareja. Querían encontrar al hombre perfecto. Ella no había querido al hombre perfecto hasta entonces.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Aunque eso no significaba que no fuese a intentar que aquello funcionase.

El tour terminó en la cocina. Nick abrió la nevera y frunció el ceño. Estaba vacía. Pero el congelador estaba repleto de platos preparados.

Zoë lo miró y se encogió de hombros.

-Estaban de oferta.

-Aquí no hay comida de verdad. ¿No cocinas nunca?

Nunca. Era una de las pocas cosas a las que no le había obligado su madre. Tenía la mala costumbre de quemarlo todo. La última vez que había intentado cocinar, había dejado una sartén en el fuego y se le había incendiado la cocina.

-Créeme si te digo que los dos estaremos más seguros si no cocino.

Zoë pensó que Nick le pediría una explicación, pero éste se limitó a sacudir la cabeza. Quizás prefería no saberlo.

-Además, ¿quién necesita comida de verdad habiendo comida para llevar y vitaminas prenatales?

Nick empezó a abrir los armarios, uno a uno, haciendo un inventario de todo lo que faltaba y sacudiendo la cabeza. ¿Acaso pensaba que la comida iba a aparecer allí por arte de magia?

-¿Qué estás haciendo? -lo interrogó Zoë.

-Haciendo una lista mental de lo que hay que comprar. Es decir, prácticamente de todo.

-Puedes comprar toda la comida que quieras siempre y cuando no esperes que sea yo quien cocine.

-Te sorprenderá saber que no se me da mal la cocina. Es una de las pocas cosas que recuerdo haber hecho con mi madre.

Aunque intentó disimular, Zoë se dio cuenta de que Nick se había entristecido. Siempre le ocurría cuando mencionaba a su madre.

-¿Cuántos años tenías?

-Cinco o seis.

-¿Y ella estaba bien por entonces?

-No sé si estuvo completamente bien alguna vez -respondió él encogiéndose de hombros-. Pero podíamos vivir casi con normalidad durante meses, hasta que los medicamentos dejaban de funcionar o los efectos secundarios eran tan fuertes que ella dejaba de tomarlos. Poco a poco, se fue poniendo tan mal que nada parecía funcionar. Tenía ocho años cuando los servicios sociales le quitaron mi custodia.

-¿Y no has vuelto a verla desde entonces?

-No.

Zoë no podía imaginarse haber pasado todos esos años sin ver a sus padres. Sin saber dónde estaban ni lo que hacían.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Solía recibir alguna carta suya de vez en cuando. Pero hace seis años que no recibo ninguna. Solía moverse bastante. No he podido localizarla.

-¿Y qué harías si supieses dónde está?

-Intentaría meterla en alguna institución o en alguna casa de acogida. Su enfermedad mental es degenerativa. Nunca mejorará ni será capaz de vivir en sociedad. Lo más probable es que haya muerto ya.

Aquello sonó casi frío. Si Zoë no hubiese conocido a Nick como lo conocía, quizás no se habría dado cuenta de la tristeza que albergaban sus palabras. Deseó abrazarlo con fuerza. ¿Cómo podía soportar no saber si su madre estaba viva o muerta? ¿No saber si estaba sufriendo? ¿Si estaba sola, y pasaba frío y hambre?

-¿Te preocupa el bebé? -le preguntó él.

-¿Qué quieres decir?

-El hecho de que la enfermedad mental pueda ser genética.

Lo cierto era que Zoë nunca había pensado en ello. No sabía mucho de enfermedades mentales, y mucho menos de genética.

-¿Debería preocuparme?

-La enfermedad de mi madre se debe al daño que sufrió su cerebro en un accidente de coche que tuvo cuando era niña. Así que no, el niño no estará predispuesto a sufrirla. A no ser que en tu familia haya enfermos mentales.

-Mis padres han tenido nueve hijos. Para mí eso ya es una locura. Pero no creo que ninguno de los dos esté enfermo. No recuerdo que nadie de mi familia haya sufrido una enfermedad mental. Y es una familia muy numerosa.

-Hablando de familias numerosas, es algo de lo que nunca hemos hablado. Si esto funciona y decidimos casarnos, ¿te gustaría tener más hijos?

Zoë estuvo a punto de decirle que ni en sueños, pero se preguntó cómo reaccionaría él si le decía que no quería tener más hijos.

No era el momento de preocuparse por eso, ya lo pensarían más adelante.

-No estoy segura -respondió ella, lo que no era del todo mentira. Existía la posibilidad, por remota que fuese, de que quisiese tener otro hijo más en el futuro.

-Para mí es algo sumamente importante -añadió él.

Zoë sabía que era cierto, y no podía evitar sentir que aquello iba a ser un problema.

Capítulo Cinco

Zoë se despertó el sábado a las once y media de la mañana, tenía la vejiga llena a reborar y algo pesado y caliente encima de los pies. Abrió los ojos y miró hacia los pies de la cama, donde un par de ojos marrones la observaban esperanzados.

-¿Qué estás haciendo en mi cama? -desgraciadamente para ella, Tucker parecía ser uno de esos perros a los que le atraían los humanos a los que no les gustaban los perros. Zoë le dio un empujón-. Vete de aquí.

Tucker suspiró y dejó caer la cabeza con tristeza. Dexter los observaba desde encima del armario y miraba al perro con maldad.

-Vete a dormir a tu cama -insistió ella volviendo a empujarlo. Pero Tucker la miró todavía con más tristeza-. Fuera.

El perro bajó de la cama, salió de la habitación y descendió las escaleras.

Zoë se sentó y sintió que tenía el estómago revuelto. Hasta entonces no había sufrido casi náuseas. Sólo una ligera sensación de mareo que se le pasaba en cuanto comía algo.

Salió de entre las sábanas y se puso la bata, pero no encontró las zapatillas al lado de la cama, donde las había dejado la noche anterior.

Maldito perro.

Caminó descalza por el suelo helado y bajó las escaleras para ir al baño. Olió algo que parecía comida y su estómago rugió. Utilizó el baño y se lavó los dientes. Luego intentó peinarse aquella maraña de rizos rubios.

Bueno, si Nick iba a vivir con ella, tendría que acostumbrarse a verla recién levantada. Zoë se dio cuenta de que el baño olía más a hombre que la mañana anterior y al abrir el armario se encontró con que había una estantería llena de cosas de hombre. Aftershave, colonia, espuma de afeitar y una maquinilla. Además de otros tubos y frascos con productos masculinos.

Zoë sacudió la cabeza. Extraño.

Se dirigió a la cocina y tuvo que retroceder al pasar por el salón. Parpadeó y se frotó los ojos, tenía que ser un espejismo. Pero no, el salón estaba ordenado. Los periódicos, las revistas y los platos sucios habían desaparecido. Y Nick había pasado la aspiradora y quitado los pelos del gato. Hasta había limpiado el polvo.

¿Un hombre que hacía las tareas del hogar? ¿Estaba muerta y había ido al cielo?

Tucker estaba tumbado en su cama al lado del sofá y de debajo de su vientre sobresalían las puntas de dos zapatillas rosas. Las zapatillas de Zoë.

-Devuélveme mis zapatillas, asqueroso ladrón -le dijo mientras Tucker la miraba inocentemente, como si estuviese diciendo: «¿Zapatillas? ¿Qué zapatillas?»

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Como no parecía que fuera a moverse, Zoë se agachó y tiró de ellas. Afortunadamente para él no estaban ni mordidas ni llenas de babas. No obstante, a partir de entonces las colocaría encima del armario.

Al entrar en la cocina vio a Nick cocinando algo que parecía una tortilla. Llevaba puesta una camisa roja de franela, con las mangas enrolladas hasta los codos, que acentuaba la anchura de sus hombros. Los pantalones vaqueros, que no le quedaban ni demasiado ajustados ni demasiado amplios, le hacían un trasero perfecto. Calzaba botas de cuero.

-Huele muy bien.

Nick se dio la vuelta y sonrió.

-Buenos días.

Se había duchado y afeitado, y parecía demasiado contento. La miró de arriba abajo y le preguntó:

-¿Has pasado mala noche?

-Hay mujeres que se levantan con un aspecto radiante, bien descansadas. Bueno, pues yo no soy de éstas.

Él se limitó a sonreír. Quizás fuese lo mejor, ya que decirle que no parecía un monstruo hubiese sido mentir, y admitir la verdad habría herido sus sentimientos. Chico listo.

-Gracias por haber limpiado. No era necesario.

-Si voy a vivir aquí, tengo que echarte una mano -comentó antes de volverse hacia la sartén-. Los huevos estarán listos en un minuto, y hay zumo en la nevera.

¿Zumo?

No había zumo en casa. Sólo había un poco de leche que debía haberse puesto agria hacía tres días. Ni tampoco había huevos. Ni el beicon que se estaba friendo en una sartén al lado de los inexistentes huevos. Ni las patatas fritas con cebolla que había en la freidora.

-¿De dónde ha salido toda esta comida?

-He ido a hacer la compra.

¿También hacía la compra? Tenía que estar soñando.

-Si estás intentando impresionarme, está funcionando.

Zoë abrió la nevera y la encontró llena de comida. Había leche, zumo, huevos y bolsas con fruta y verdura fresca. Se preguntó si también le gustaría ir a ver escaparates.

-¿Qué más has hecho esta mañana?

Nick tomó dos platos del armario. No debía de haberle costado demasiado trabajo familiarizarse con su cocina.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-He ido a correr, me he duchado, he limpiado y he hecho la compra. Ah, y he ido a mi casa a recoger un par de cosas.

-¿Y a qué hora te has levantado?

-Sobre las cinco.

-Es sábado.

-¿Qué quieres que te diga? -preguntó él encogiéndose de hombros-. Me gusta levantarme temprano.

-Pues me parece fatal.

Aunque lo cierto era que no estaba nada mal levantarse y encontrarse con que el desayuno estaba preparado. Zoë se sirvió un vaso de zumo de manzana orgánico, ¿orgánico?, y se sentó a la mesa. Nick colocó un plato frente a ella. Había huevos, beicon, patatas fritas con cebolla y tostadas con mantequilla. Zoë se preguntó si sería mantequilla de verdad.

-Tiene muy buena pinta, gracias -añadió.

Nick se sentó frente a ella, haciendo que la mesa pareciese todavía más pequeña de lo que era, sus botas tocaban los pies de Zoë. Estaba invadiendo su espacio. Ocupaba demasiado sitio.

Ella cerró los ojos y dijo en silencio una oración inducida por la culpabilidad. Eran los restos de su estricta educación católica. Algunas tradiciones eran imposibles de romper.

Nick se puso directamente a desayunar y, como todo lo que hacía, lo hizo con entusiasmo. No había duda de que disfrutaba al máximo de la vida.

Ella fue dando pequeños mordiscos a la comida y bebiendo el zumo a sorbos.

-¿No tienes hambre? -le preguntó Nick.

-La verdad es que no. Tengo unas ligeras náuseas matutinas.

-¿Puedo hacer algo?

-Si quieres ser tú quien lleve dentro al bebé.

Él la miró como diciendo: «ya te gustaría». Después de unos minutos, Zoë empezó a sentirse mejor y sintió que volvía a tener hambre. Aunque no solía desayunar tanto, acabó comiéndoselo todo y limpiando el plato. Hasta le quitó a Nick una loncha de beicon de su plato.

-¿Así que no tenías hambre?

-Supongo que tenía más hambre de lo que creía.

Nick se levantó y quitó los platos de la mesa.

-Quería ir un par de horas a la oficina. ¿Te apetece venir conmigo?

Ella ya tenía bastante con ir de lunes a viernes. Los fines de semana eran suyos.

-No, gracias.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Normalmente, Zoë esperaba a la noche para fregar los platos de todo el día, a veces los fregaba tres días después, pero la culpabilidad la indujo a meter los vasos y los platos sucios en el lavaplatos.

-Se supone que hoy va a hacer bastante calor. Tengo que limpiar el jardín y plantar los bulbos de gladiolos.

-Entonces me quedaré a ayudarte.

Ella cerró el lavaplatos y se secó las manos.

-Que vivas aquí no quiere decir que tengamos que estar todo el día juntos.

-No quiero que pasemos todo el día juntos, pero tampoco busco una compañera de piso a la que solo vea de pasada -dijo él poniéndole una mano en el hombro que le hizo sentir un cosquilleo en el estómago-. Si vamos a hacer esto, vamos a hacerlo bien. Vamos a ser una pareja.

Una pareja ¿de qué?, ésa era la cuestión.

¿Una pareja de idiotas por pensar que aquello podía funcionar? ¿O una pareja de locos por no darse cuenta de que eran demasiado diferentes como para tener ese tipo de relación?

Tener un hombre grande y fuerte en casa tenía sus ventajas.

Zoë habría tardado dos o tres semanas en limpiar el jardín y prepararlo para volver a plantar flores. Eso implicaba dos o tres semanas con agujetas en los brazos, dolor de espalda y las uñas sucias. Nick, que era un machote, lo había hecho prácticamente todo en tres horas.

Ella se ofreció a ayudar, pero él dijo que nunca dejaría que una mujer en su estado hiciese un trabajo de hombre. En circunstancias normales, le habría golpeado en la cabeza con la pala por hacer semejante comentario, pero cuando lo hizo estaba clavando una horca en la tierra y Zoë se distrajo observando cómo se le ajustaban los vaqueros a las caderas y al trasero al doblarse.

Cuando la temperatura empezó a subir, Nick se quitó la chaqueta y después, la raída sudadera de Yale. Zoë dejó de quitar hierbajos y se interesó más por los músculos de Nick, que se transparentaban a través de la vieja camiseta blanca que llevaba puesta.

¿Cómo se sentiría si volviese a tocarlo? ¿Qué haría él si se acercaba y le pasaba la mano por la espalda...?

Zoë sacudió la cabeza para alejar aquel pensamiento de su mente. No. «Mala, Zoë», se dijo. No estaba permitido tocar. Todavía no. No hasta que estuviese claro que su relación no estaba basada únicamente en el sexo.

Pero Nick era tan... masculino. Y ella estaba sufriendo un exceso de estrógenos o feromonas, o de cualquier otra hormona que hiciese que una mujer quisiese abusar sexualmente de cualquier hombre que se le pusiese delante.

Viendo a Nick trabajar, nadie habría dicho que se había criado entre ricos. Él llevaba los vaqueros y las camisas de franela como otros llevan un traje. Cuando

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

entraba en una habitación, la llenaba. Llamaba la atención por su fuerza y su carácter, con la confianza que tenía en él mismo y con su impresionante presencia. Pero era tan fácil de tratar con él que impresionaba sin intimidar.

También era un amigo leal y un jefe justo. El tipo de hombre con el que siempre se podía contar. Aunque tampoco era una perita en dulce. Nick no dejaba que le tomasen el pelo. Quizás tuviese más paciencia que un santo, pero si alguien lo contrariaba, ya podía tener cuidado. Tenía mucha paciencia, pero cuando explotaba, lo hacía de verdad.

Zoë sintió un golpe en el hombro y se volvió para encontrarse con un largo hocico frente a su cara. Antes de que le diese tiempo a reaccionar, Tucker le dio un enorme beso lleno de babas en la boca.

-¡Puaj! -exclamó limpiándose las babas con la manga del jersey-. Vete de aquí, animal asqueroso.

Nick se volvió a ver qué pasaba.

-¿Cuál es el problema?

-Tu perro acaba de babearme en la cara.

Nick sonrió. Seguro que había sido él quien había enseñado al perro a hacer eso para molestarla.

-Es su manera de decirte que le gustas.

-¿Y no podría mostrar su afecto de otra manera menos repugnante?

Nick clavó la horca en el suelo y se apoyó en ella, el sudor le chorreaba por la cara.

-He estado pensando en nuestro acuerdo y me he dado cuenta de que hemos salido juntos muchas veces, pero no como pareja.

-¿Como si fuese una cita?

-Eso es. Me preguntaba si te apetecería salir conmigo esta noche.

-¿Como pareja?

-Podríamos ir a cenar y al cine.

Interesante.

-¿Como si fuese una cita de verdad?

-Sí.

Hacía mucho tiempo que Zoë no salía con nadie. Últimamente su vida social no había sido nada emocionante. La mayoría de los hombres parecían querer sólo una cosa, y esperaban obtenerla en la primera cita. Era evidente que ella no estaba en contra del sexo antes del matrimonio, pero aun así pensaba que dos personas debían conocerse antes de meterse en la cama juntas.

-Me quedo embarazada, tú te mudas a mi casa, y luego me pides que salga contigo. ¿No te parece que lo estamos haciendo todo al revés?

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-¿Es eso un sí?

-Sí. Estaré encantada de salir contigo.

Nick miró hacia el suelo.

-Tardaré quince o veinte minutos en terminar con esto. Luego tengo que ducharme.

-Yo también. ¿Te parece bien si me voy duchando yo mientras tú terminas esto?

A no ser que Nick quisiera que compartiesen la ducha...

No. «Mala, Zoë».

Se dio una bofetada mental. No iban a compartir la ducha. Al menos, todavía no. Pero aquello era algo que hacían las parejas.

-Otra cosa -dijo Nick antes de que Zoë entrase en la casa.

Ella se volvió y se lo encontró sonriendo de aquella manera tan sexy.

¿Qué querría?

-Si va a ser una cita de verdad, espero que al final me des un beso de buenas noches.

Nick miró a Zoë en la oscuridad. Estaba sentada a su lado en el coche, con la cabeza apoyada en la ventanilla y un pañuelo de papel en la mano. Desde que habían salido del cine no había parado de llorar.

Si tuviesen que puntuar, del uno al diez, lo desastrosa que había sido la cita, él le pondría un once. Aunque la cita no terminaría técnicamente hasta que no llegasen a casa. Todavía podía ir a mejor... o a peor.

La primera dificultad había llegado a la hora de ponerse de acuerdo en la película. Ella quería ver una película extranjera con veleidades de artística y él, la última de artes marciales.

Al final los dos habían cedido un poco, él más que ella, y habían elegido una comedia romántica.

A cambio, Zoë le había dejado escoger el restaurante. Nick había optado por un local de cuatro estrellas de comida medio oriental del que había oído hablar estupendamente. Allí había aprendido una buena lección. Que no volvería a intentar alimentar a una embarazada con comida exótica. Zoë se había puesto verde sólo de ver los platos con la comida. Y con el primer bocado, había salido corriendo a vomitar al cuarto de baño.

Ella lo había esperado fuera mientras Nick pagaba y la camarera les envolvía la comida que no habían tomado para que se la llevasen a casa.

Como los dos seguían teniendo hambre por entonces, se habían parado en un restaurante de comida rápida y se habían tomado una hamburguesa con patatas fritas de camino al cine.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Nick no solía ir a ver películas de mujeres, pero aquella no había sido tan aburrida como él había esperado y la experiencia había transcurrido sin más complicaciones. Hasta el final de la película, cuando Zoë se había puesto a llorar. Lo que a él le había resultado extraño, porque el final era feliz. Se había puesto a llorar de tal manera que Nick la había tenido que sacar de allí.

Un par de mujeres lo habían mirado mal, como si el llanto de Zoë tuviese algo que ver con él, y sus acompañantes masculinos habían sacudido la cabeza, comprensivos.

Nick no tenía ni idea de lo que había pasado. Y tampoco sabía cómo remediarlo. Lo único que sabía es que a esas alturas, le iba a ser difícil obtener su beso de buenas noches. Y, mucho menos, meterse en su cama.

A su lado, Zoë seguía sollozando y limpiándose los ojos con el pañuelo.

-¿Estás bien? -le preguntó Nick dándole una palmadita en el hombro.

-He estropeado nuestra primera cita.

«Estropear» era una palabra demasiado fuerte. También había habido buenos momentos, seguro que con el tiempo Nick se acordaría de alguno.

-No has estropeado nada.

-He vomitado durante la cena y luego me ha dado una crisis nerviosa en el cine.

Nick iba a decir que podía haber sido peor. Pero todavía no habían llegado a casa y no quería tentar a la suerte.

-¿Y si es una señal? -continuó ella-. ¿Y si quiere decir que nuestra relación va a ser un desastre? Quizás sea un castigo de Dios por habernos acostado sin haber estado casados.

Nick nunca había pasado tanto tiempo con una mujer embarazada, pero estaba seguro de que aquello eran los cambios de humor de los que había oído hablar a los hombres cuyas mujeres esperaban un hijo.

-Zoë, a mí me parece que esto tiene más que ver con tus hormonas que con una intervención divina.

-Era nuestra primera cita. Se suponía que tenía que ser especial.

Aquello no tenía sentido, pero a pesar de que tenía el rostro colorado y que estaba moqueando, Nick pensó que nunca la había visto tan guapa.

No solía tener la oportunidad de cuidar de ella. Era una mujer tan capaz e independiente. A Nick le gustaba que lo necesitase. Que fuese vulnerable.

Le tomó la mano y entrelazó los dedos con los de ella.

-El hecho de haber estado contigo ha hecho que fuese especial.

Ella lo miró en la oscuridad, con los ojos llenos de lágrimas.

-Eso, eso ha sido muy dulce.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Pero no tanto como para que deseara pasar el resto de su vida con él.

Zoë estuvo a punto de decírselo, pero se mordió la lengua. Sabía que Nick no tenía ningún interés en obligarla a casarse con él. Si algún día se daban el «sí, quiero», Nick quería que ella lo hiciera de corazón.

¿Y si ese día no llegaba nunca? ¿Y si ella decidía que no quería casarse?

Bueno, ya quemarían esa nave cuando llegase el momento.

Capítulo Seis

El domingo, gracias a Dios, fue un día tranquilo y sin grandes acontecimientos. Al levantarse, Zoë se encontró de nuevo con el desayuno preparado y después de recoger la cocina los dos juntos, se sentaron a charlar y a leer el periódico. Nick se instaló en el sillón reclinable y ella, en el sofá, que compartió con el perro. Por la tarde, Nick se puso a ver el fútbol por la televisión y a beber cerveza, y ella decidió hacer punto con la idea de hacerle una manta al bebé.

Aquello era tan... hogareño. Y aunque a Zoë nunca le había entusiasmado el fútbol, ni ningún otro deporte, le gustó compartir la habitación con él. Había sido... agradable.

Era prácticamente lo mismo que había visto hacer a sus padres cuando no estaban trabajando, era decir, muy raramente.

Quizás fuese lo que hacían todas las parejas de verdad.

Nick preparó unas enchiladas picantes para cenar que estaban deliciosas. Quizás fue por su culpa por lo que Zoë se levantó el lunes como si alguien le hubiese echado ácido en el estómago.

No consiguió prepararse para ir a trabajar hasta las diez. Supo que había un problema nada más llegar al trabajo y ver a Shannon sentada en su despacho, mirándola con determinación.

«El beso».

Había estado tan ocupada durante el fin de semana que se había olvidado completamente de que alguien los había sorprendido besándose. Era evidente que el rumor había corrido y que Shannon estaba esperando una explicación.

Zoë se quitó la chaqueta y se sentó en una silla.

-Adelante, dime lo que tengas que decirme.

-Una cosa es que no me cuentes que tienes un lío con el jefe...

-Estupendo.

-... pero esta mañana ha llamado tu médico y me ha dicho que ha mandado tu receta a la farmacia. La receta para tus vitaminas prenatales.

Vaya. Zoë se sintió palidecer.

-¿Acaso hay algo que se te ha olvidado contarme? -inquirió Shannon sonriendo.

Zoë parpadeó. Ya era bastante malo que los hubiesen visto besándose. No estaba preparada para que nadie se enterase de que estaba embarazada.

-Tengo que admitir que me he sentido muy herida -añadió Shannon.

No parecía herida, parecía dispuesta a echarle a Zoë un buen rapapolvos, que era lo que iba más con su carácter. En la oficina, todo el mundo se había

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

acostumbrado a no tomárselo como algo personal. Shannon se echó hacia delante, con los codos apoyados en la mesa y la barbilla apoyada en las manos.

-Pero teniendo en cuenta que me has hecho ganar aproximadamente quinientos treinta y ocho dólares, quizás te lo perdone.

-¿Cómo es eso?

-He ganado la apuesta.

-¿Qué apuesta? -preguntó Zoë a pesar de no querer saber de lo que estaba hablando Shannon.

-Cada vez que Nick deja a una de sus prometidas se hace una apuesta para ver quién adivina cuánto tiempo tardará en encontrar a otra. Yo dije que antes de una semana.

-¿Apostáis acerca de la vida amorosa de Nick?

¿Cómo era posible que no se hubiese enterado de eso hasta entonces?

-Era evidente que había mucha tensión entre vosotros desde el día de la boda. Muchas miradas a escondidas. Así que até cabos. Y parece que los até bien atados, ¿verdad?

-¿Y quién más lo sabe?

-¿Lo vuestro? Casi todo el mundo. Fue Tiffany quien os pilló.

-Debí imaginármelo. Nunca llama a la puerta -además era una bocazas y Zoë estaba segura de que le gustaba Nick-. ¿Y lo del bebé? ¿Cuánta gente lo sabe?

-Ése es el problema. Si no se lo cuento a nadie, no podré probar que he ganado la apuesta. Así que he tenido que preguntarme qué es más importante para mí, si tu amistad o poder comprar una tele nueva a la que le tengo echado el ojo. Y, como resultado, conseguir como premio varias semanas de fantástico sexo con mi agradecido esposo.

-¿O sea, que la cosa está entre nuestra amistad o el sexo?

-Quizás te cueste creerlo, pero después de tres hijos y diez años de matrimonio, no es fácil conseguirlo. Así que era bastante complicado que fuese a guardar el secreto.

-¿Y qué has decidido?

-Que tu amistad es más importante. Pero me debes una.

-Gracias -dijo Zoë al borde de las lágrimas.

Lo que no era habitual en ella. Ella nunca lloraba.

-Eso no significa que no quiera que me cuentes los detalles. Confiesa.

-No lo planeamos. Se suponía que era una aventura de una noche. Por culpa del alcohol.

-¿Pero entonces os llegó la sorpresa?

-Ha sido una casualidad.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-De eso nada, Zoë.

A ella le hubiese gustado creerlo.

-Me ha pedido que me case con él.

-Me parece de esperar, tratándose de Nick. ¿Qué le has contestado?

-Que no estoy preparada. Hemos decidido intentar vivir juntos un tiempo.

-Lo que también me parece de esperar tratándose de ti.

Zoë frunció el ceño.

-¿Qué quieres decir?

-No te ofendas, pero siempre te gusta tener las cosas controladas. Siempre mantienes las distancias con todo el mundo.

-¡Eso no es verdad! -exclamó Zoë poniéndose a la defensiva-. Hace mucho tiempo que tú y yo somos amigas.

-Y tú sabes muchas cosas de mí, ¿verdad?

-Supongo que sí.

-¿Y qué sé yo de ti? ¿Qué me has contado acerca de tu familia?

Zoë se mordió el labio, intentaba recordar lo que le había contado a Shannon.

-Esto... ya sabes que tengo una familia muy numerosa.

-Sé que sois nueve, pero no sé cuántos son chicos o chicas. Ni sé cómo se llaman. Sé que creciste en Petoskey pero nunca hablas de cómo fue tu niñez. No hablas del colegio ni de tus amigos. No cuentas nada personal. Si quiero saber algo tengo que ser yo quien pregunte. Es cierto que tienes muchos amigos aquí, pero me parece que el único que te conoce de verdad es Nick.

Zoë odiaba tener que admitirlo, pero Shannon tenía razón. No solía implicarse con la gente. Nick y su hermana eran los únicos que la conocían. Y con Nick no había tenido elección, se había instalado en su vida, como un invitado pesado que no se marcha nunca. Y ella siempre había mostrado cierta reticencia. Seguía haciéndolo. Nunca se mostraba completamente tal y como era.

¿Tenía razón Shannon? ¿Mantén las distancias con la gente?

Se le hizo un nudo en el estómago. Quizás su aversión al matrimonio tuviese más que ver con su forma de ser que con su familia. Quizás no supiese abrirse a los demás. Y si no cambiaba, ¿qué futuro podía tener con Nick? Si se negaba a casarse con él, ¿estropearía su amistad?

La idea la asustó.

Nick era una parte muy importante de su vida. ¿Qué haría sin él?

Si querían que lo suyo funcionase, Zoë tendría que aprender a abrirse y a dejar que Nick la conociese mejor.

-No pretendo herir tus sentimientos con esto -se disculpó Shannon-. Pienso que eres una persona estupenda. Y te considero una buena amiga. Por eso me

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

gustaría que lo tuyo con Nick funcionase. Quizás no te des cuenta, pero estáis hechos el uno para el otro.

-Le he dicho que nada de sexo -espetó Zoë, poniéndose colorada inmediatamente. ¿Por qué había dicho eso?

-¿Nada de sexo? ¿Nunca? -se sorprendió Shannon.

-No, hasta que estemos seguros de que nuestra relación no es sólo algo físico.

-¿Una noche de sexo en diez años de amistad y te preocupa que vuestra relación sea sólo algo físico?

Zoë no se había dado cuenta hasta entonces de lo ridículo que sonaba aquello. Así de ridículo debía de haberle parecido a Nick. ¿Qué habría pensado de ella?

-¿Piensas que negarle el sexo es una manera de mantenerlo alejado de mí?

-Cielo, lo que yo piense da igual. Lo importante es lo que tú pienses.

Lo que Zoë pensaba era que insistiendo en que viviesen juntos sólo había conseguido posponer una decisión difícil de tomar. Una decisión que no tenía por qué ser difícil. Después de diez años de amistad, debía de saber cuáles eran sus sentimientos. Si quería o no a Nick.

Y si no lo quería, quizás fuese porque no se había permitido quererlo.

Hasta entonces, Nick había tenido mucha paciencia con ella, pero en algún momento iba a cansarse de aguantarla. ¿Cómo era posible que estuviese arriesgándose a perder al hombre con el que podía estar predestinada a pasar el resto de su vida?

Tenía que tomar una decisión, y tomarla pronto.

-No me importa cuál sea la excusa -dijo Nick indignado al teléfono.

Su capataz, John Miglione, le acababa de dar la noticia de que uno de sus trabajadores se había ido a comer y no había vuelto. Era la cuarta vez que lo hacía en las dos últimas semanas. Era el mismo tipo que se ponía enfermo al menos una vez a la semana. Nick odiaba tener que despedir a sus empleados, pero necesitaba poder confiar en ellos. Cualquier hombre listo sabía que para sobrevivir en los negocios había que rodearse de personas competentes.

-Dile que la próxima vez estará despedido.

-Lo haré, Nick. Pero hay otra cosa más.

John guardó silencio durante unos segundos y Nick supo qué era lo que le rondaba en la cabeza.

-Sé que quieres preguntarme algo, así que hazlo cuanto antes y acabemos con ello.

-¿Es cierto lo tuyo con Zoë?

-Depende de lo que hayas oído.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Que Tiffany os sorprendió haciendo marranadas.

-Tiffany exagera. Sólo estábamos besándonos.

-Significa eso que estáis...

-Quizás. Lo estamos intentando.

-Bueno, ya era hora.

Nick sacudió la cabeza.

-¿Sabes que eres la tercera persona que me lo dice hoy?

Hablando del rey de Roma... Zoë apareció en la puerta de su despacho.

Nick levantó un dedo para hacerle saber que tardaría sólo un minuto.

-Eso quiere decir algo. Dale un beso de mi parte. Luego hablamos.

Nick sacudió la cabeza y colgó el teléfono. Luego miró a Zoë.

-¿Qué pasa?

-¿Te pillo en mal momento?

-No. John acaba de llamarme para hablarme de O'Connell. No ha vuelto al trabajo después de la comida... otra vez. Parecía un buen tipo cuando lo contraté.

-Eso no está bien -admitió ella cerrando la puerta con cerrojo.

¿Tenían una reunión y se le había olvidado? ¿Para qué cerraba la puerta?

Sin decir palabra, Zoë atravesó la habitación y dio la vuelta a su mesa... con determinación.

¿Qué quería? Nick no estaba seguro. Pero era evidente que quería algo.

-¿Qué ocurre? -le preguntó.

Ella lo miró a los ojos y empezó a desabrocharse la blusa.

Nick observó cómo se la terminaba de quitar y la dejaba caer al suelo. Pero estaba demasiado sorprendido como para hacer nada, así que se quedó quieto mientras ella se sentaba en su regazo. La falda se le subió hasta los muslos, lo abrazó y empezó a besarlo.

No, aquello no era un beso. Era un ataque sexual. Un ataque húmedo, profundo y oral. Y Nick estaba completamente indefenso.

Sabía que era una mujer apasionada. Pero nunca habría esperado algo así.

Zoë se entretuvo con su boca, clavándole las uñas en la cabeza y pegando el cuerpo contra el de él. Lo montó como si estuviese en una atracción de feria privada.

Estaba muy caliente, pero algo no iba bien, aunque Nick no sabía qué era.

Faltaba algo.

Sintió cómo le quitaba la camisa y empezaba a desabrocharle el cinturón.

¿Qué estaba pasando?

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

No solía rechazar una relación sexual, aunque fuese a media tarde en su despacho. De hecho, la idea de hacer el amor con Zoë en cualquier sitio era suficiente como para excitarlo, pero allí pasaba algo. Zoë lo estaba besando y estaba frotando su sujetador de satén y encaje contra su pecho. Pero él no sentía nada. Ni siquiera tenía una erección.

La agarró por los hombros y la echó hacia atrás.

-¿Qué estás haciendo?

-Seducirte -respondió ella como si fuese algo obvio.

-Eso ya lo veo. ¿Pero por qué?

Ella lo miró como si no entendiese su idioma.

-¿Por qué?

-Dijiste que querías esperar -le recordó Nick.

-¿No tengo derecho a cambiar de opinión?

-Por supuesto que sí.

Pero Nick tenía la impresión de que Zoë no había cambiado de opinión. Era como si hubiese puesto su cuerpo en aquello, pero no su corazón.

-Quiero saber por qué -insistió él.

-¿Tiene que haber una razón? No creí que fueses a desperdiciar la oportunidad. Pensé que a estas alturas ya me habrías desnudado.

-En circunstancias normales, lo habría hecho. Pero... no sé. Es como si estuvieses haciendo esto porque tienes que hacerlo. O porque yo te estuviese obligando o algo así.

-Tú no estás obligándome.

-Lo siento. Pero hay algo que no cuadra.

-¿Me estás rechazando? -quiso saber ella frunciendo el ceño.

A él también le costaba creerlo. De hecho, no recordaba haber rechazado nunca a una mujer.

-Al menos hasta que me digas lo que ocurre. ¿Por qué has cambiado tan repentinamente de opinión?

Zoë se bajó de su regazo y se colocó la falda.

-Pensé que esto era lo que querías.

Nick sabía que había herido sus sentimientos, pero necesitaba averiguar lo que estaba pasando. Tenían que ser sinceros el uno con el otro si querían que su relación funcionase.

-Por supuesto que es lo que quiero. ¿Pero es también lo que tú quieres?

-No te entiendo. Aquí estoy.

-¿Zoë, por qué has venido?

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Ya lo sabes -contestó ella abrochándose la camisa.

-Lo que quiero saber es qué te ha motivado.

-Que quería tener sexo contigo.

Nick suspiró. Aquella conversación no estaba llevando a ningún sitio.

-Vamos a ver. Yo voy a imaginarme una situación y tú vas a decirme si ha sido así.

Ella asintió.

-Estabas sentada en tu despacho pensando en mí, recordando la noche que pasamos juntos en el hotel. Y sentiste tal deseo que no pudiste esperar ni un minuto más, así que viniste corriendo a mi oficina.

Zoë se quedó mirándolo sin articular palabra.

-¿Ha sido así? -preguntó él.

Ella se mordió el labio.

-Esto...

Aquello lo decepcionó, pero no lo sorprendió.

-Habla conmigo, Zoë. Cuéntame qué está pasando.

-Pensé que si no volvía a tener sexo contigo enseguida, te cansarías de esperar. Y que buscarías a alguien... mejor.

-Aunque tú creas lo contrario, un hombre es capaz de sobrevivir tres días seguidos viviendo con una mujer y sin acostarse con ella -dijo él echándose hacia atrás en la silla y cruzándose de brazos-. Ha veces he conseguido pasar sin sexo toda una semana. Y si eso se convierte en un problema, siempre puedo... ocuparme de ello yo solo, por decirlo de algún modo.

Zoë se ruborizó y bajó la mirada al suelo. A Nick le sorprendió que una mujer capaz de hablar tan mal se avergonzase con semejante conversación.

-Ven aquí. Siéntate -la invitó Nick dándose unas palmadas en las piernas.

Ella dudó, y eso que acababa de lanzarse a sus brazos unos minutos antes, luego se sentó en sus rodillas.

Él la abrazó por la cintura. Zoë suspiró y se apretó contra su pecho.

Eso estaba mucho mejor.

-Muy bien, ahora dime qué te ha hecho pensar que te dejaría si no te acostases conmigo.

Ella lo miró, parecía confusa.

-Siempre mantengo las distancias con todo el mundo.

-¿Qué distancias? -preguntó Nick, que no sabía de qué estaba hablando.

-Soy demasiado reservada. No dejo que la gente se acerque a mí. Te vas a cansar de eso y me vas a dejar por otra.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

¿Quién le había metido en la cabeza todas esas tonterías? ¿Cómo podía una mujer tan inteligente decir semejantes cosas?

-¿Y se supone que el sexo iba a arreglar eso?

-Es un comienzo.

-¿De verdad piensas que soy tan superficial?

Ella sacudió la cabeza, parecía sentirse culpable.

-Si pensase que no dejas que me acerque a ti emocionalmente, que hiciésemos el amor diez veces diarias no cambiaría nada.

-Supongo que no había pensado en ello de esa manera.

-Eso supongo yo también -dijo él colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja-. Debes de tener una buena razón para querer esperar, y yo lo respeto. Si no estás preparada, no pasa nada, lo entiendo.

-Ése es el problema, que no estoy segura de que la razón por la que pensaba que quería esperar sea la verdadera. Hemos sido amigos durante años sin tener relaciones sexuales. ¿Por qué pienso entonces que nuestra relación podría ser sólo física? Y no es que no quiera hacer el amor contigo. Últimamente sólo pienso en eso. Bueno, cuando no tengo náuseas o estoy llorando.

Nick sonrió.

-Tengo la maldita manía de mirarte el trasero. Antes ni me daba cuenta de que estaba ahí, y ahora no consigo apartar los ojos de él. Y me apetece tocártelo. Quiero tocar todo tu cuerpo. ¿Por qué sigo entonces rechazándote? -añadió Zoë.

Nick se encogió de hombros, le pareció que Zoë era adorable cuando estaba confundida y se sentía frustrada.

-Supongo que lo hago porque no dejas que la gente se acerque a mí -continuó.

-Quizás el problema sea que ya tienes mucho por lo que preocuparte en estos momentos y no estás preparada para mantener relaciones sexuales.

-¿Eso piensas?

-Cuando vuelva a hacer el amor contigo, me gustaría que fuese como la noche que lo hicimos en el hotel. Quiero que me desees tanto como yo te deseo a ti.

-Estuvo muy bien, ¿verdad? -comentó ella sonriendo por fin.

-Oh, sí.

Zoë le agarró el rostro con las manos. Tenía la piel caliente y suave y olía como a jabón.

-¿Sabes qué? Eres un tipo estupendo.

Entonces lo besó. Fue un beso tierno y dulce, tan lleno de cariño de verdad que Nick casi se cae de la silla.

Prefería pasarse cinco minutos así con ella a toda una noche de sexo sin sentimientos.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Nick sabía que la noche del hotel había habido algo entre ellos. Algo que ambos habían enterrado. Quizás Zoë no estuviese preparada para dar ese último paso. Pero ya lo estaría.

Nick estaba seguro de ello.

Capítulo Siete

Cuando Zoë llegó a casa aquella tarde vio que había un coche aparcado en la puerta.

-Maldita sea.

Se lo merecía por haber evitado las llamadas de teléfono de su hermana. Y por haberle dado un juego de llaves. Debía haberse imaginado que Faith se presentaría allí sin avisar.

Quizás su subconsciente quisiese que estuviese allí. Quizás necesitase que alguien le dijese lo que tenía que hacer.

Aparcó el conservador Volvo al lado del pequeño Miata color carmesí de su hermana. Siempre habían sido polos opuestos. Zoë era la hermana práctica y responsable y Faith, la rebelde.

Cuando eran niñas, Faith siempre quería enseñar a Zoë a dejarse llevar y divertirse, mientras que ella siempre intentaba sacar a su hermana de todos los líos en los que se metía. Si sus padres hubiesen sabido la de veces que Zoë la había cubierto cuando llegaba a casa después de medianoche tras haber estado con uno de sus novios o en una fiesta loca, les habría dado un ataque.

Recogió sus cosas y se dirigió hacia la puerta principal. Entró y gritó:

-¡Ya estoy en casa!

Faith salió de la cocina, llevaba el pelo color caoba muy corto y engominado, estaba muy cambiada desde la última vez que la había visto, que llevaba el pelo rizado largo hasta la cintura. Llevaba puestos unos pantalones vaqueros negros y un jersey exactamente del mismo color que sus ojos, verde.

Atravesó la habitación subida en unos altos tacones y le dio un abrazo a Zoë.

-¡Sorpresa!

-¿Qué estás haciendo aquí?

-No finjas que no sabes qué hago aquí. No me has devuelto las llamadas últimamente, y eso significa que algo va mal.

-Nada va mal, te lo prometo.

Zoë dio un paso atrás para mirar a su hermana de arriba abajo. Estaba perfecta, como siempre. Iba maquillada lo justo para estar atractiva, sin excesos. Sus uñas acrílicas tenían la longitud adecuada y estaban pintadas de rosa pálido. Bonitas pero no llamativas. Faith siempre había sido la más guapa de las dos.

-¡Estás estupenda! Me encanta tu corte de pelo. -Y tú pareces agotada. Pero no cambies de tema de conversación. ¿Qué hace ese enorme perro en tu casa y por qué hay cosas de hombre en la habitación de invitados?

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Son las cosas y el perro de Nick -contestó ella mirando a su alrededor y preguntándose por qué Tucker no había salido ya a saludarla-. ¿Dónde está el perro?

-Lo he dejado salir. ¿Por qué está Nick aquí? ¿Le están fumigando la casa o algo así?

Antes de que Zoë pudiese contestar se abrió la puerta principal y apareció Nick, tan guapo como siempre. Zoë lo miraba entonces con ojos distintos, y se preguntó si todo el mundo se daría cuenta de lo que sentía. Iba a tener que contárselo todo a su hermana.

-¡Chuleta de cerdo! -la saludó Nick dándole un abrazo y levantándola del suelo.

-¡Terroncito de azúcar! -respondió ella abrazándolo también.

Zoë se sintió un poco celosa. Faith siempre había sido extravertida y simpática. Siempre había sido cariñosa. ¿Por qué no podía ser ella así?

Nick la dejó en el suelo y la observó de pies a cabeza.

-Estás muy guapa.

-Tú también. Zoë iba justo a contarme por qué te estás quedando aquí. ¿Ha pasado algo? ¿Has perdido tu apartamento?

-Esto, no -respondió Nick mirando a Zoë para saber qué debía decir, como si ella lo supiese. Quizás lo mejor fuese ir directa al grano.

-Lo cierto es que... estoy embarazada.

Faith se quedó boquiabierta, incapaz de articular palabra durante diez segundos. Quizás no había sido buena idea soltarlo así.

-¿Que estás qué?

-Embarazada.

-¿Embarazada? ¿Y no me lo has contado antes?

-Lo siento. Quería llamarte. Lo sé desde hace sólo un par de días. He estado un poco... confundida.

-Pero eso no explica qué está haciendo Nick aquí.

Zoë y Nick se miraron y luego miraron a Faith. ¿Hacía falta decirlo? ¿Hacían tan mala pareja que Faith no era capaz de adivinarlo sola?

Faith miró a Zoë y luego a Nick, después volvió a mirar a Zoë.

-¿Es de Nick?

-Tienes que jurarme que no les contarás nada a papá y mamá -le suplicó su hermana-. Todavía no he decidido lo que voy a decirles.

-¿Cómo ha ocurrido? -quiso saber Faith.

-Como ocurren siempre estas cosas -respondió Nick y Zoë sintió que se ponía colorada.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-¿Desde cuándo salís juntos? ¿Y por qué no me lo había contado nadie?

-¿Qué os parece si preparo la cena mientras habláis vosotras? -propuso Nick. Cobarde.

-¿Nick y tú? -comentó Faith sacudiendo la cabeza. No podía creerlo.

A Zoë le molestó aquello, era como si su hermana pensase que Nick y ella eran de dos especies diferentes.

-¿Tan extraño te resulta que Nick se sienta atraído por alguien como yo?

-Por supuesto que no. Siempre he pensado que hacíais una pareja estupenda. Pero no sabía que tú pensases lo mismo.

-Porque no lo pensaba -admitió ella. Al menos, no era consciente de ello. Quizás la idea siempre hubiese estado allí.

-Quiero que me lo cuentes todo. Con detalles -pidió Faith.

Zoë sabía exactamente a qué tipo de detalles se refería su hermana.

-Será mejor que te pongas cómoda.

Nick, Zoë y Faith estuvieron charlando hasta más allá de medianoche. Probablemente se habrían quedado toda la noche despiertos si Nick y Zoë no hubiesen tenido que ir a trabajar a la mañana siguiente.

Como Nick dormía en la habitación de invitados, Faith compartió la cama con su hermana. Entraron en el baño una detrás de la otra, se pusieron el pijama y se metieron bajo las sábanas riendo en la oscuridad como cuando eran niñas, cuando habían compartido literas. Faith arriba y Zoë abajo.

-¿Estás segura de que no puedes quedarte unos días? -preguntó Zoë.

No veía a su hermana tanto como hubiese deseado. Le habría gustado que viviesen más cerca. Sobre todo en esos momentos.

-Tengo que volver a casa. Sólo quería comprobar que estabas bien. Prometí que no me quedaría mucho tiempo.

-¿A quién se lo prometiste?

-Estoy saliendo con alguien -dijo Faith sonriendo-. Todavía no se lo he contado a nadie.

-Y eres tú la que me acusa de guardar secretos.

-Bueno, papá y mamá tampoco aprobarían esto.

-Deja que adivine. Es luterano.

-No.

-¿Judío?

-Es atea. No es un hombre, es una mujer.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-¿Estás saliendo con una mujer? -preguntó Zoë sorprendida.

-¿Tan horrible te parece? -quiso saber su hermana, más insegura de lo habitual.

-¡Por supuesto que no! Es sólo... que me ha sorprendido.

-A mí también me sorprendió.

-¿Cómo fue? ¿Decidiste un día que querías probar algo nuevo?

-Ya me conoces, me gusta probarlo todo. Se llama Mia. ¿Seguro que no te parece horrible?

Zoë tenía que admitir que le resultaba un poco extraño pensar en su hermana de un nuevo modo, pero lo único que importaba era que fuese feliz.

-Te prometo que no.

-Me alegro, porque aunque te parezca raro, creo que estoy enamorada de ella.

Debía de ser algo serio, porque al igual que Zoë, Faith no se dejaba enamorar fácilmente. Nunca hablaba de formar una familia. Sólo pensaba en divertirse.

Lo cierto era que Zoë sentía celos, no porque a su hermana le gustasen las mujeres. A ella le gustaban los hombres, de eso no tenía duda.

Lo que envidiaba era que su hermana se sintiese atraída por alguien y apostase por la relación sin hacerse preguntas. Aunque supiese que aquello podía complicarse, no le asustaba intentarlo.

¿Por qué ella no era así? ¿Por qué no podía dejarse llevar e intentar que funcionasen las cosas con Nick? ¿Por qué le había dicho que durmiese en la habitación de invitados cuando debería estar allí, en la misma cama que ella?

-Estoy pensando en contárselo a papá y a mamá.

-Entonces debe de ser algo serio.

-Nunca había sentido algo así por nadie. Sé que es probable que les dé un ataque. Y que me repudien. Pero supongo que es un riesgo que estoy dispuesta a correr. Pienso que se lo debo a Mia, tengo que intentarlo. No quiero que ella piense que me avergüenzo de nuestra relación. También me gustaría que tú la conocieses. Quizás pudiésemos volver las dos y quedarnos aquí un par de días.

-Me gustaría mucho -dijo Zoë de todo corazón. Quería conocer a la persona que había conquistado el corazón de su hermana-. Quizás el próximo fin de semana.

Charlaron un rato más, hasta que Faith se quedó dormida. A Zoë le costó conseguir que su mente descansase. No podía dejar de pensar en todas las cosas que habían cambiado durante las últimas semanas. Toda su vida había cambiado.

Pero no había sido un cambio negativo. Nada volvería a ser igual, pero empezaba a darse cuenta de que eso no tenía por qué ser malo.

Dio un par de vueltas más en la cama y luego decidió que quizás un vaso de leche caliente la ayudase a dormir. Era extraño, era la primera vez en su vida que le

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

apetecía un vaso de leche caliente. Salió de la cama y tropezó con Tucker, que estaba dormido encima de su alfombra. No consiguió encontrar las zapatillas en la oscuridad, pero no quiso encender la luz para no molestar a su hermana, así que salió de la habitación descalza. Bajó las escaleras a oscuras pero en vez de dirigirse a la cocina, se encontró sin querer en la puerta de la habitación de invitados, que estaba entornada. Quizás aquella hubiese sido su intención desde el principio, y no el vaso de leche.

Era evidente, por su respiración lenta y profunda, que Nick estaba dormido.

En vez de darse la vuelta e ir a la cocina, Zoë entró en la habitación, no sabía lo que estaba haciendo ni por qué. Pero eso no era suficiente para detenerla.

Quizás no todo tuviese que tener sentido. Quizás estuviese bien hacer las cosas que a uno le hacían sentirse bien.

Nick estaba de espaldas a ella, con los hombros desnudos. Zoë sintió la necesidad de acercarse. No quería tener sexo con él, sólo quería estar cerca.

Sin pensárselo dos veces, retiró las sábanas y se metió en la cama, a su lado. Las sábanas estaban frías, eran suaves y olían a su aftershave.

Zoë se puso de lado, de espaldas a él, y se tapó con cuidado.

Nick se movió.

-¿Zoë? -dijo medio dormido dándose la vuelta hacia ella.

-Lo siento. No quería despertarte.

-No importa -murmuró abrazándola con el calor de su cuerpo, apoyando una mano en su vientre y hundiendo la nariz en su pelo.

Le gustaba aquella sensación.

Zoë contuvo la respiración y esperó a ver cuál era su siguiente movimiento, si la acariciaba o la besaba. Pero, para su sorpresa, Nick no hizo nada. Volvió a quedarse dormido. Era como si supiese exactamente lo que ella quería sin habérselo preguntado.

Ella suspiró y colocó la mano encima de la de él, entrelazando los dedos con los suyos. Aquello era, sin duda, más efectivo que la leche caliente. Sintió que le pesaban los párpados y que su cuerpo entraba en calor. La respiración lenta y constante de Nick sobre su nuca y el latir de su corazón la adormecieron.

Era una suerte que estuviese embarazada del jefe. Si no, la habrían despedido.

Eran más de las once cuando por fin llegó a la oficina. Su hermana ya se había ido cuando ella se había levantado de la cama, pero le había dejado una nota diciéndole que la llamaría para hablar de su visita con Mia el siguiente fin de semana. Nick le había preparado el desayuno antes de marcharse a trabajar.

Zoë no se había dado cuenta de cuándo se había levantado él. Normalmente, compartir cama implicaba para ella no pegar ojo, pero aquella noche, en brazos de

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Nick, había dormido como un bebé y se había levantado descansada por primera vez en varias semanas.

Aquella era una buena razón para invitarlo a que durmiese con ella en el piso de arriba. De hecho, lo mejor sería que se llevase todas sus cosas a su habitación. Quizás iba siendo hora de hacer las cosas bien y de considerar su relación como una relación monógama e íntima entre dos personas que se preocupaban la una por la otra. Quizás, que incluso se querían. Si Zoë no estaba enamorada de Nick, le faltaba muy poco.

Dejó el bolso y la chaqueta en su despacho y se dirigió al de Nick. Por el camino, observó varias miradas curiosas y sonrisas. Era evidente que todo el mundo se había enterado de lo del beso. Ella, en vez de sentirse avergonzada, levantó la cabeza y estiró la espalda. Y respondió a aquellas miradas con una sonrisa que decía que estaba orgullosa de estar con un hombre tan íntegro como Nick.

Si la gente hubiese sabido toda la verdad.

Zoë quería que lo supiesen. Estaba orgullosa de estar embarazada de Nick.

La única explicación lógica era que, durante años, habían rechazado u ocultado los sentimientos que tenían el uno por el otro. Y una vez que se habían decidido a dejarlos libres, se estaban multiplicando.

La oficina de Nick estaba vacía y Zoë recordó que aquel día iba a hacer trabajo de campo, había una inspección a la que quería asistir. Tendría que esperar a la tarde para verlo.

Se dio la vuelta y se chocó con un hombre que venía de la dirección opuesta.

-¡Eh! -exclamó el tipo agarrándola por los brazos para que no se cayese.

Zoë lo reconoció, era el tal O'Connell, lo habían contratado hacía sólo unas semanas.

-Lo siento -se disculpó el hombre con brusquedad.

-No, ha sido culpa mía -dijo ella retrocediendo. Era un tipo enorme, llevaba el pelo largo, una barba poblada y tenía las facciones casi duras. Llevaba el típico uniforme de la construcción: vaqueros polvorientos y desgastados, camisa de franela y botas con punta de acero.

-¿No está el jefe? -preguntó.

-No. Volverá esta tarde.

Él movió la cabeza y se dio la vuelta para marcharse.

-¿Puedo darle un consejo?

O'Connell se detuvo y se volvió a mirarla.

-Nick es un hombre paciente y justo, pero usted está haciendo que llegue al límite.

-¿Pretende asustarme?

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Tiene usted muy buenas referencias. Y su trabajo es impecable. ¿Cuál es entonces el problema? ¿Por qué falta tanto al trabajo?

-Usted no lo entendería -respondió él con tristeza.

Zoë pensó que tenía que haber una buena razón para que faltase al trabajo.

Puso los brazos en jarra y lo miró fijamente.

-¿Ah, sí, tipo duro? ¿Por qué no lo intenta?

Capítulo Ocho

Eran más de las tres de la tarde cuando Nick volvió a la oficina y la única cosa que tenía en mente, la única cosa en la que había pensado durante todo el día, era en ver a Zoë. Casi no recordaba cuándo se había metido ésta en su cama la noche anterior, así que lo había sorprendido muy gratamente encontrarla entre sus brazos al despertar por la mañana. Si no hubiese quedado con un inspector, quizás no habría salido de la cama.

No pretendía saber qué la había empujado a hacer aquello. Era ella la que iba marcando el paso. Pero le daba la sensación de que aquel paso había sido enorme.

Habían hecho un buen progreso.

Se dirigió a su despacho a dejar el maletín y la chaqueta y se encontró a Zoë sentada en su mesa. O'Connell estaba en la puerta, como si estuviese dispuesto a marcharse de allí.

-Jefe -lo saludó O'Connell antes de volver a mirar a Zoë con una sonrisa-. Gracias.

Nick se sintió furioso. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Por qué le estaba sonriendo aquel hombre a su mujer? ¿Y por qué tenía ella los ojos rojos e hinchados? ¿Acaso había estado llorando?

Zoë se sorbió la nariz y le devolvió la sonrisa.

-De nada. Sólo tienes que prometerme que no harás nada hasta que yo hable con Nick.

-De acuerdo -respondió él antes de marcharse, como si Nick no estuviese allí.

-¿Qué es todo esto? -quiso saber Nick-. ¿Por qué estás llorando? ¿Te ha hecho daño?

-Estoy bien -rió ella-. No es nada. Sólo las hormonas.

-¿De qué quieres hablar conmigo?

-Entra y cierra la puerta.

Él lo hizo y se acercó a la mesa.

-¿Qué ocurre? No me gusta que estés aquí a solas con ese hombre. No me fío de él.

-Nick, ¿estás celoso?

-Por supuesto que no -respondió él automáticamente antes de fruncir el ceño. En realidad sí lo estaba-. Lo siento.

-O'Connell quería dimitir.

-Me parece bien. Así me ahorraré los inconvenientes de tener que despedirlo.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Le he dicho que no le permitirías que lo hiciese. Y tampoco vas a despedirlo.

Zoë parecía estar olvidándose de quién era el jefe allí.

-¿Y por qué no?

-O'Connell traía muy buenas referencias de su anterior empresa, así que me imaginé que tenía que estar pasándole algo.

-Le pregunté qué era. Debíamos haberlo hecho la semana pasada.

-¿Y? -repitió Nick con impaciencia.

-Que he tenido que rogarle que me lo contase, pero al final me ha confesado por qué falta tanto al trabajo.

Seguro que el tipo había intentado mantener su trabajo aprovechándose de que Zoë estaba emocionalmente inestable. Nick se cruzó de brazos. -Cuenta.

-Tiene una hija enferma.

Nick frunció el ceño. No se había esperado algo así. Quizás un problema con el alcohol o las drogas, pero no un hijo enfermo. Ni siquiera sabía que estuviese casado.

-¿Cómo de enferma?

-Tiene un tipo raro de leucemia.

-¿Estás segura de que no te lo ha dicho para...?

-Me ha enseñado fotos -lo interrumpió Zoë con voz temblorosa y lágrimas en los ojos-. Fotos tomadas en la sala de pediatría del hospital. Es una niña tan guapa... Sólo tiene siete años. Lo siento. Pero me parece muy triste. Se le llenaban los ojos de lágrimas cuando me hablaba de ella. La quiere mucho y está siendo muy duro para él.

-¿Y por qué demonios no nos había dicho nada?

-Porque es todo un hombre que piensa que debe de cargar con todo el peso del mundo sobre sus hombros. Perdió a su mujer hace tres años, así que sólo tiene a su hija. Se mudaron aquí para estar más cerca del Hospital Infantil de Detroit, en el que hay un especialista que cree que podría ayudarla. El único problema es que tiene que llevar a la niña allí un par de veces por semana y no siempre tiene quien lo ayude. Algunos días se encuentra tan mal después de la quimioterapia y las radiaciones que no puede dejarla sola.

-Podía haberle dado días libres.

-La cosa se está complicando. A pesar del seguro médico, se está gastando todo el dinero que tiene en el tratamiento y dentro de poco van a echarlos del piso en el que viven. Aunque por lo que ha dicho, debe de ser un vertedero situado en un barrio muy malo. Dice que no les queda otra opción más que volver al norte, a vivir con sus padres.

-¿Y la niña?

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Este tratamiento es su última esperanza. Sin él, lo más probable es que muera.

-¿Qué podemos hacer para ayudarlo? -preguntó Nick frunciendo el ceño.

-Le he dicho que la empresa quizás pueda prestarle dinero -contestó ella con una sonrisa.

-¿Y?

-Dice que ya está demasiado endeudado. Pero yo creo que es demasiado orgulloso como para dejarse ayudar.

-Tenemos que hacer algo.

Tenía que haber una manera de ayudar a aquel hombre. Algo que no hiriese su orgullo.

Nick levantó la cabeza y vio que Zoë seguía sonriéndole, su mirada era cálida y estaba cargada de amor.

-¿Qué?

-Que eres un buen hombre, Nick.

-Cualquiera querría ayudarlo.

-Eso no es cierto. Pero yo sabía que tú no te lo pensarías dos veces.

Zoë se levantó y se dirigió hacia la puerta. Nick pensó que iba a marcharse, pero lo que hizo fue cerrarla con cerrojo.

¿Qué estaba tramando?

Zoë se dio la vuelta y se dirigió hacia donde él estaba. Y lo miró de una manera que le era familiar. ¿Cuándo había visto esa mirada antes...?

Ah, sí, la noche del hotel, segundos antes de que se devorasen el uno al otro.

Tenía las mejillas sonrosadas y los labios húmedos, como fresas cubiertas de rocío. Nick estaba seguro de que su sabor también era dulce y jugoso. Zoë suspiró y se abanicó el rostro.

-Uff, hace mucho calor aquí.

A Nick no se lo parecía, aunque si Zoë iba a hacer lo que él pensaba que iba a hacer, tendría mucho más calor en uno o dos minutos.

-Si tú lo dices.

Ella mantuvo la mirada clavada en su rostro y empezó a desabrocharse la blusa. Muy despacio, dejando ver su piel pálida y suntuosa.

Nick podía ver en sus ojos que lo deseaba. No estaba haciendo aquello porque pensase que era lo que él quería. Y era evidente que no tenía prisa. Entonces sí que empezaba a hacer calor.

-No quiero esperar más -anunció Zoë con voz ronca.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-¿Y si alguien me necesita para algo? -preguntó él. Al fin y al cabo, estaban en el trabajo.

-Tendrán que esperar su turno.

Nick se echó hacia atrás en la silla para disfrutar del espectáculo y sintió que el corazón se le salía del pecho cuando la vio quitarse la blusa y dejarla caer en el suelo. Debajo de ella llevaba un sujetador transparente y con encaje color rojo que la tapaba lo justo. Su piel era pálida y suave y tenía los pezones duros y casi del mismo color del sujetador que los cubría. No estaba lo que se decía bien dotada, pero sus pechos eran firmes y tenían la forma perfecta. El tamaño adecuado para sus manos.

Y él también estaba tan excitado que le iba a estallar la bragueta en cualquier momento.

Zoë se desabrochó los pantalones y se los bajó. Cuando Nick vio el tanga que llevaba debajo, dejó de respirar. Era del mismo color que el sujetador, y tan escandalosamente mínimo y transparente que no dejaba nada a la imaginación.

-¿Ves algo que te guste? -le preguntó Zoë sonriendo con malicia.

Él bajó la vista hacia su propia y evidente erección.

-¿A ti qué te parece?

Zoë tomó su mano y la condujo por sus pechos antes de bajar hacia el vientre plano, deteniéndose en el ombligo un momento antes de continuar en su descenso.

Se echó hacia delante, apoyando las manos en los brazos de la silla en la que estaba sentado Nick, dejando que éste la contemplase.

-¿Hoy también quieres detenerme?

Claro que no. Nick alargó la mano y la colocó en su nuca, acercando su rostro al de él, con los dedos enredados con sus rizos.

-Bésame.

Los labios de Zoë eran suaves y cálidos y muy dulces. Se sentó en su regazo y apretó las nalgas contra él mientras le quitaba la ropa.

Alguien llamó con fuerza a la puerta.

-¡Nick! ¡Abre! -gritó John.

Vaya.

-Estoy ocupado -respondió él. Tenía a una mujer excitada y casi desnuda en su regazo que estaba intentando desnudarlo a él también. No iba a privarse de hacerle el amor.

-Es una emergencia.

Él cerró los ojos, dejó caer la cabeza hacia atrás y juró.

-¿Qué ha ocurrido?

John no respondió inmediatamente, como si estuviese atando cabos antes.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Siento interrumpir, pero acaban de llamar diciendo que ha habido un accidente en la obra de Troy.

Zoë suspiró y Nick volvió a jurar.

-¿Cómo de grave?

-No estoy seguro. Sólo sé que se han llevado a uno de nuestros trabajadores al hospital.

Nick se pasó las manos por la cara y murmuró:

-No puedo creerlo.

-Danos un minuto -dijo Zoë-. Lo sé, Nick, tienes que irte.

Se levantó de encima de él y recogió la ropa del suelo. Él se puso en pie y se colocó la camisa. Observó cómo se vestía Zoë, ambos estaban decepcionados.

-Parece que no encontramos nunca el buen momento.

Ella se abrochó la blusa y se puso los pantalones.

-A mí no me parece gracioso.

Cuando se dirigía a la puerta, Nick la agarró por el brazo y la acercó a él.

-Esta noche serás toda mía.

Desgraciadamente, aquella noche nunca llegó. Zoë fue corriendo a casa a las cinco para sacar a pasear al perro, luego volvió a la oficina y se quedó hasta las ocho para recuperar el tiempo perdido durante los últimos días. Esperaba encontrar a Nick en casa cuando llegó a las ocho y cuarto, pero su coche no estaba aparcado fuera y la casa estaba a oscuras. Se sintió decepcionada. Hasta entonces, nunca la había molestado volver a casa y que no hubiese nadie esperándola. Bueno, en alguna ocasión se había sentido sola, pero Dexter le había hecho compañía. En tan sólo unos días se había acostumbrado a que Nick estuviese allí.

Abrió el congelador e intentó decidirse entre sus dos platos precocinados favoritos.

-¿Tú qué piensas? -le preguntó al perro-. ¿Pollo o lasaña?

Tucker la miró moviendo el rabo sin parar, golpeando la pata de la mesa.

-¿Los dos?

El perro ladró, algo que no era habitual en él, así que Zoë imaginó que aquello debía de ser un sí. Nunca le habían gustado los perros, pero cada vez sentía más cariño por Tucker, sobre todo cuando la seguía como si fuese su sombra, mirándola con aquellos ojos llenos de amor.

Se tomó ambos platos frente al televisor, dándole de vez en cuando un poco a Tucker. Cuando terminaron de cenar, Zoë se tumbó en el sofá con el gato hecho un ovillo a sus pies y el perro acurrucado en la alfombra. Cambió de canal hasta dar

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

con un programa acerca de bebés. Se quedó dormida sin darse cuenta, hasta que alguien la despertó.

Capítulo Nueve

Zoë abrió los ojos con dificultad, adormilada. La televisión estaba apagada y Nick estaba a su lado, sonriendo.

-¿Qué hora es?

-Más de medianoche.

-Imagino que me he quedado dormida. ¿Qué tal en el hospital?

-Nada grave. Tiene un par de costillas partidas y la clavícula rota. Estará de baja una temporada, pero se recuperará completamente -le explicó Nick tendiéndole la mano-. A la cama. A dormir. Me parece que los dos estamos demasiado cansados para cualquier otra cosa.

Tenía razón. Había sido un día muy largo para ambos.

-¿Vienes tú también?

-¿Contigo? ¿Quieres que durmamos juntos?

-Sí.

-Entonces lo haré.

-Primero tengo que lavarme los dientes.

-Yo también. ¿Te importa si compartimos el lavabo o prefieres que lo hagamos por turnos?

De niña había compartido el lavabo con tres o cuatro de sus hermanos, todos con prisa por llegar a la escuela: Además, era algo normal cuando se vivía en pareja.

-No me importa.

Le resultó extraño ver cómo Nick se lavaba los dientes. Era una cosa rutinaria, en la que Zoë nunca había pensado, pero que al hacerlo juntos se convertía en algo personal e íntimo.

Salió del baño para que él lo utilizase a gusto, algunas cosas era mejor hacerlas a solas y subió a ponerse el pijama. En su habitación se encontró con Tucker y Dexter, los dos tumbados en la cama.

-Pequeño traidor.

Dexter la miró con aire de culpabilidad.

-Bájate.

Ambos animales saltaron de la cama y se dirigieron juntos hacia las escaleras, como dos buenos amigos.

Incluso Dexter se había acostumbrado a tenerlos allí. Eso debía de ser una señal.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Zoë se quitó la ropa y se puso una camiseta enorme para dormir. Estaba lista para meterse en la cama justo cuando Nick llegó arriba. Ella se acurrucó en su lado y observó cómo él se sentaba en el borde y se quitaba primero las botas y después los calcetines. Luego se desabrochó la camisa, se la quitó y la echó a los pies de la cama.

Zoë suspiró de placer al disfrutar de aquella piel desnuda y aquellos músculos. A pesar de que Nick era de tez morena y tenía una barba muy abundante, no era nada peludo. Sólo tenía algo de vello en los pectorales, que descendía en forma de flecha dividiendo en dos sus abdominales y desaparecía debajo de los pantalones.

Nick parecía estar muy a gusto en la habitación de Zoë. Se levantó y se desabrochó los vaqueros, se los bajó y les dio una patada con sus fuertes piernas. A Zoë no solían entusiasmarle las piernas de los hombres, pero las de Nick eran perfectas.

Se metió en la cama en calzoncillos. Se puso de lado, frente a ella, se acercó y le dio un beso rápido pero increíblemente tierno. Al hacerlo le rozó la barbilla con la barba. Olía a pasta de dientes y a jabón y quedaba un ligero rastro del aftershave.

-Buenas noches.

-Buenas noches -contestó Zoë alargando la mano para apagar la lámpara. Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, vio que Nick tenía los suyos cerrados. Debía de estar muy cansado, teniendo en cuenta que solía levantarse antes de las seis de la mañana.

Ella también estaba cansada. Agotada. Demasiado cansada para terminar lo que había empezado aquella tarde en la oficina.

¿Entonces por qué no podía cerrar los ojos? ¿Por qué tenía tantas ganas de acariciar a Nick?

No quería esperar. Quería hacer el amor con él en ese preciso instante.

Le acarició el brazo y le preguntó:

-¿Nick, estás despierto?

Como no respondió, le dio un ligero empujón.

-Nick, despierta.

Él contestó con una especie de murmullo mezclado con un ronquido.

Estaba profundamente dormido.

Zoë suspiró y se puso de lado. Dos días antes no había estado preparada para tener sexo con él y en ese momento no podía pensar en otra cosa. A ver si conseguían ponerse de acuerdo.

Zoë decidió que lo harían al día siguiente. Al día siguiente nada los detendría.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Me parece que ya sé cómo podemos ayudar a O'Connell -comentó Nick al día siguiente durante el desayuno. Había preparado tortitas, empanadillas rellenas de salchichas y zumo de naranja natural.

Si Zoë seguía comiendo a ese ritmo, iba a engordar mucho antes de que naciese el niño.

-¿Cómo? -preguntó mientras se comía la tercera empanadilla.

-Bueno, su problema más inmediato es encontrar un lugar en el que vivir. Y yo tengo un piso de dos habitaciones vacío. Pueden quedarse allí.

-¡Eres un genio! Eso sería perfecto. ¿Crees que lo aceptará? No sé cómo no se nos había ocurrido antes. Además, está todavía más cerca del hospital que el lugar en el que viven ahora.

-El único problema es que, a no ser que los eche de allí a patadas en algún momento, vas a tener que soportarme durante Dios sepa cuánto tiempo.

-¿Y tú estás de acuerdo con eso?

-Sí. ¿Y tú?

-Yo también, de verdad.

-¿Estás segura?

Sería un paso muy importante. Un paso que Zoë se sentía preparada a dar. Sabía exactamente lo que quería e iba a luchar por ello.

-Estoy completamente segura.

-¿Hablo yo con O'Connell o quieres hacerlo tú?

-Dado que es tu casa pienso que es mejor que hables tú con él. Quizás le sea más fácil aceptarlo si se lo ofrece otro hombre -luego añadió-. Y deberías hacerlo inmediatamente.

-Espera a que ponga el lavaplatos -dijo él llevando los platos al fregadero.

Zoë se sentía repentinamente impaciente. Después de tantas dudas, estaba preparada para que Nick se mudase a su casa, a su vida, de forma permanente. No quería esperar ni un minuto más.

Lo siguió hasta el fregadero y le pidió:

-Nick, mírame.

Cuando se volvió, lo agarró por la solapa de la camisa y le hizo bajar hasta su altura para darle un intenso beso. Un beso que le hiciese saber lo mucho que lo deseaba.

Nick la abrazó y la atrajo contra él. Enredó una mano en su pelo y descendió la otra por su espalda. Zoë se apretó contra su cuerpo, como si no pudiese estar lo suficientemente cerca de él. Como si nunca fuese a estarlo.

En ese momento, supo sin duda ninguna que estaba enamorada de ese hombre. Iba a casarse con él e iban a formar una familia. De pronto sintió que

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

aquello era lo que quería, casarse y tener hijos. Porque sus hijos serían los de Nick. Y cada mañana, se despertaría entre sus brazos.

Nick se apartó de ella y le sonrió haciéndose el enfadado.

-¿A qué viene esto?

-Es un aperitivo de lo que vendrá más tarde.

-No puedo esperar -confesó él mirándola con deseo y acariciándole la garganta.

-Yo tampoco. Cuanto antes nos vayamos al trabajo, antes estaremos de vuelta en casa.

Después de insistir un poco, Nick acabó convenciendo a O'Connell para que se mudase a su casa. Le dio las gracias tan sinceramente y mostrando semejante alivio que a Nick se le hizo un nudo en la garganta.

Era evidente que aquel hombre adoraba a su hija. Nick no quería ni imaginar cómo sería estar en su situación, con la vida de un hijo pendiente de un hilo. Cómo sería vivir con el miedo de no poder pagar el tratamiento médico que podía salvarlo. Especialmente después de que el cáncer se hubiese llevado a su mujer.

Cuando O'Connell se marchó a hacer las maletas, Nick se quedó sentado en su despacho, pensando en el bien tanpreciado que era la vida. Intentó imaginársela sin Zoë. La idea lo ponía enfermo. Ella formaba parte de su vida, tenían un vínculo que nunca había tenido con ninguna otra mujer.

-Imagino que todo ha ido bien.

Nick levantó la cabeza y vio a Zoë en la puerta, sonriendo de oreja a oreja. Qué guapa era. Tenía ese aura de salud que se suponía que tenían todas las mujeres embarazadas.

Se la veía... feliz.

-¿Por qué dices eso?

-O'Connell acaba de venir a la cafetería y me ha dado un fuerte abrazo y un beso -rió ella-. Todo el mundo se ha quedado con la boca abierta. Van a pensar que te estoy engañando con él.

-¿Te ha dado un beso? -preguntó Nick frunciendo el ceño.

-Relájate. Me lo ha dado en la mejilla. Y sonreía, Nick. ¡Hasta ese momento no sabía que tenía dientes!

A Nick no le gustaba que nadie más besase a su chica, pero ella parecía estar tan contenta, que él también sonrió.

-Lo hemos ayudado de verdad -comentó Zoë.

-Sí.

Zoë atravesó la habitación y se sentó en su regazo.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Me siento bien.

-Yo también -admitió él abrazándola.

La besó y ella le mordisqueó el labio inferior. Le gustaba cuando hacía eso. Zoë sabía a té dulce y a donuts rellenos de mermelada.

-Quizás debiéramos cerrar la puerta y celebrarlo -propuso Zoë frotándose contra él y haciéndolo enloquecer todavía más.

Nick se sintió tentado. Después de tantas oportunidades perdidas, se excitaba sólo con mirarla. Necesitaba hacerle el amor. Pero no quería hacerlo rápidamente y en la oficina, quería tomarse su tiempo.

Así que tendrían que esperar. Una vez más.

-No tenemos tiempo -respondió él-. Tenemos que ir a mi casa a recoger mis cosas. Le he dicho que lo haríamos inmediatamente.

-Entonces será mejor que nos demos prisa. Y me da igual si esta noche no llegamos a casa hasta las dos de la madrugada, de hoy no pasa.

Nick estaba de acuerdo.

Eran más de las ocho de la tarde cuando Nick tuvo todas sus cosas metidas en el maletero del coche y se dirigieron a casa.

Casa. Aquella palabra había pasado a un significado completamente diferente para Zoë. Mientras lo ayudaba a recoger, se dio cuenta de que Nick no tenía fotografías de su infancia, ningún recuerdo familiar. Nada que indicase que había tenido una familia. Era como si no tuviese pasado, en cualquier caso, no un pasado que le gustase recordar. Ella tenía cajas y cajas de fotos y de tarjetas de felicitación de cumpleaños, dibujos de sus hermanos pequeños y hasta un par de dientes de leche. Tenía al menos uno o dos objetos que habían pertenecido a cada uno de los miembros de su familia.

Sólo entonces se dio cuenta Zoë de lo dura que tenía que haber sido la niñez de Nick. Lo solo que debía haberse sentido y por qué era tan importante para él formar su propia familia.

Nick nunca había tenido una familia de verdad y ella quería ser quien le diese aquello. Quería ser quien llenase su vida y recompensarlo por todos los días que había pasado solo. Incluso si aquello significaba tener otro hijo más. O incluso un tercero.

En ese caso necesitarían una casa más grande. Zoë se preguntó si él querría vivir en el campo. Podrían un terreno para que Tucker corriese y los niños jugaran. Incluso un jardín lleno de flores y hasta una huerta. Ella podría hacer mermelada y pepinillos en vinagre, tal y como había hecho su abuela. A lo mejor hasta podría pedirse una excedencia y quedarse una temporada en casa con los niños. O trabajar desde allí.

Ante ella se abría todo un mundo de nuevas oportunidades en las que nunca antes había pensado y no quería esperar a ver lo que la vida iba a depararle.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Estás demasiado callada -le dijo Nick cuando llegaban ya a casa-. ¿Pasa algo?

Aparcó el coche y apagó el motor.

-No tengo ganas de descargar, pero todo lo que tengo está aquí. Quizás pueda dejarlo en el garaje.

-La puerta no cierra bien.

Zoë no vivía en una mala zona, pero era preferible no correr riesgos.

-Si nos damos prisa no tardaremos nada, considéralo como si fuesen los juegos preliminares.

-No pienso dejar que lleves nada que pese más que una guía de teléfonos -contestó él.

Salieron del coche y Nick abrió el maletero mientras ella había la puerta de casa. Oyó a Tucker dando saltos excitado. Habían estado en casa un par de horas antes para darle de comer y dejarlo salir un poco, pero volvía a recibirla como si hiciese días que no la veía.

-Ya lo sé, ya lo sé -le dijo Zoë al perro dándole unas palmaditas en la cabeza y entrando en casa-. Nosotros también te hemos echado de menos.

Lo agarró por el collar para dejar que Nick pasase. Iba cargado con dos cajas en las que ponía Dormitorio. Se dirigió con ellas a la habitación de invitados.

-¿Adónde vas? -preguntó Zoë.

-A mi habitación.

-Nuestra habitación está arriba.

-Nuestra habitación -dijo él sonriendo.

-Sí, nuestra habitación -repitió Zoë. Y como estaba segura de lo que vendría después, añadió-. Y sí, estoy segura.

Nick parecía sorprendido pero muy contento al mismo tiempo y Zoë fue hacia la puerta para ir a buscar más cajas. Si quería estar contento de verdad, que esperase a que le pusiese las manos encima.

-Hemos terminado -anunció Nick cerrando la puerta de casa.

Lo habían metido todo en menos de veinte minutos y Zoë no podía esperar más.

Era hora de ponerse con lo bueno de verdad.

-Pues ya sabes lo que significa eso -dijo ella mirándolo con deseo. Sentía calor y estaba un poco aturdida. Nunca se había sentido tan excitada tan sólo con la idea de hacer el amor.

Se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo del sofá. Nick hizo lo mismo.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Mientras se quitaba la camisa sintió que el deseo rezumaba por todos los poros de su piel. El encaje del sujetador le rozó los pezones y Zoë deseó que la acariciase entre los muslos.

Nick se quitó la camisa por la cabeza y la tiró al suelo. Su piel era de color dorado a la tenue luz de la lámpara. A Zoë se le aceleró el pulso al verlo avanzar hacia ella mientras se desabrochaba los pantalones vaqueros. Estaba deseando recorrer todo su cuerpo. ¿Cómo era posible que se hubiese negado eso hasta entonces?

Nick se detuvo delante de ella, que anhelaba sus caricias, y la besó. Sus labios se tocaron y Zoë sintió que una ola de calor la invadía.

Fue él quien le desabrochó los vaqueros y se los bajó y ella dejó de besarlos sólo para terminar de quitárselos.

A Zoë le latía el corazón con fuerza, al mismo ritmo que los golpes que estaban dando en la puerta.

-No puedo creerlo -dijo Nick con la respiración entrecortada.

Ella no tenía ni idea de quién podía ser a esas horas, pero fuese quién fuese no podía ser más importante que lo que tenían entre manos en esos momentos.

-Ya se irán -comentó Zoë metiendo la mano por su bragueta y agarrando su erección a través de los calzoncillos.

Nick cerró los ojos y gimió. La levantó del suelo y la apoyó contra la pared que separaba la cocina del salón. Ella enrolló las piernas alrededor de su cintura y gimió al sentir la erección contra su cuerpo y sus pechos contra el pecho de Nick.

Lo besó como si lo fuese a devorar vivo. Le bajó los vaqueros y los calzoncillos y le acarició la espalda, clavándole las uñas en la carne, sintiéndose salvaje y sexy y completamente fuera de control. Ningún hombre la había puesto así nunca.

Siguieron llamando a la puerta durante uno o dos minutos y luego Zoë oyó cómo alguien metía una llave en la cerradura. Nick también debió de oírlo, porque dejó de besarla y se quedó de piedra.

Todo ocurrió tan rápido que no les dio tiempo a reaccionar. Unos segundos después vieron a su hermana apareciendo por la puerta, mirándolos con la boca abierta. Afortunadamente no había demasiada luz, pero, no obstante, era evidente lo que estaban haciendo.

Los tres se quedaron callados e inmóviles unos segundos, como si se hubiese detenido el tiempo. Hasta que Faith miró cómo le estaba clavando su hermana las uñas a Nick y comentó:

-Bonito trasero -luego se puso a llorar y salió por la puerta.

Capítulo Diez

-Lo siento mucho -se disculpó Faith entre sollozos por enésima vez desde que Nick y Zoë se habían vestido y la habían hecho entrar. Zoë estaba sentada en el sofá al lado de su hermana. Y Nick se quedó de pie, al otro lado de la habitación, con expresión confusa, como si fuese a salir corriendo en cualquier momento.

Faith nunca había sido llorona, ni siquiera de niña, lo que le hizo pensar a Zoë que algo terrible tenía que haberle pasado. Al principio, había llorado tanto que no habían conseguido sacarle ni una frase.

Se sorbió la nariz y sacó otro pañuelo de papel de la caja que tenía apoyada en el regazo.

-No puedo creer que me haya derrumbado así y tampoco puedo creer que os haya interrumpido haciendo... bueno, eso ya lo sabéis.

-Deja de disculparte y cuéntanos qué ha pasado -le pidió Zoë.

-Soy una idiota -respondió su hermana limpiándose los restos de rimel de debajo de los ojos.

-Será mejor que os deje solas -dijo Nick marchándose antes de que ninguna de las dos pudiese objetar algo.

-Me parece que lo he asustado -comentó Faith.

-Qué quieres que te diga, es un hombre. Estos días ha tenido una buena dosis de emociones, debe de estar saturado.

Faith se quedó un momento mirando fijamente el pañuelo y jugando con él antes de anunciar:

-Me ha dejado.

-Oh, Faith.

Como si Tucker pudiese sentir que pasaba algo y quisiese ayudar, se acercó al sofá y apoyó la cabeza en el regazo de Faith, mirándola cariñosamente. Faith lo acarició detrás de las orejas.

-Le dije que la quería y que quería que viviésemos juntas. Que les iba a contar la verdad a mis padres, fuesen cuales fuesen las consecuencias y ella me contestó que no quería que lo hiciese. Luego me anunció que iba a volver con su marido.

-No sabía que estuviese casada.

-Yo tampoco. En resumen, Mia me dijo que lo nuestro había sido sólo para probar y para poner celoso a su marido. Y supongo que funcionó. Él quiere que ella vuelva. Ha sido tan fría conmigo, como si nunca le hubiese importado nada. Como si yo hubiese sido sólo su conejillo de indias.

-Oh, cariño, lo siento. Sé lo mucho que te importaba.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Me siento estúpida. Pero no puedo evitar pensar que me lo merecía.

-¿Cómo ibas a merecerte que te tratase así?

-¿Sabes a cuántos hombres que decían que me querían he dejado yo?

-Cielo, mereces ser feliz tanto como el resto del mundo.

-Hablando de felicidad, parece que las cosas entre vosotros van muy bien.

Zoë se sintió culpable por tener que admitir que estaba feliz en esos momentos en los que su hermana tanto estaba sufriendo, pero no podía contener su alegría.

-Voy a decirle que sí, que quiero casarme con él.

-¡Bien! -grito Faith antes de darle un enorme abrazo-. Es perfecto para ti. Por no mencionar que tiene un trasero estupendo.

-En eso estoy de acuerdo.

-Por cierto, que me parece que debería dejar que volviérais a lo que estabais haciendo. Me iré a un hotel.

-De eso nada. La habitación de invitados está vacía. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

-No tengo que trabajar hasta el lunes, así que quizás me esconda aquí un par de días, si no te importa.

-Estaremos encantados de acogerte -dijo Zoë levantándose del sofá, ansiosa por subir a su dormitorio y terminar lo que habían empezado-. Mañana podemos ir de compras. Gastar dinero siempre ayuda a levantar el ánimo.

-Te informo de que voy a dormir con los auriculares puestos -comentó Faith con un MP en la mano-. Podéis hacer todo el ruido que queráis.

Cuando Zoë llegó por fin al dormitorio, con Tucker pegado a los talones, encontró a Nick sentado en la cama, con el pecho desnudo, leyendo una novela.

-¿Qué tal está?

-La ha dejado.

-Eso me había imaginado -comentó él cerrando el libro-. ¿Está bien?

-Está herida, pero lo superará -dijo Zoë mientras se quitaba la camisa-. Espero que no te importe que se quede un par de días. No creo que le apetezca estar sola.

-Claro que no me importa, pero supongo que eso cambia nuestros planes para esta noche.

Zoë se quitó los pantalones vaqueros y los dejó caer al suelo.

-Me da igual si la casa se quema, esta noche nada va a evitar que te tenga desnudo entre mis brazos.

-Me parece estupendo porque... ya estoy desnudo.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Desnudo y muy excitado, comprobó Zoë.

-¿Has empezado sin mí?

-Necesito que me libres de este sufrimiento.

-Con mucho gusto.

Zoë se quitó el sujetador y las medias de camino a la cama. Con aquella mirada, Nick la hacía sentir como la mujer más sexy del mundo.

-Ven aquí.

Ella se subió a la cama y se sentó a horcajadas sobre él. El cuerpo de Nick estaba caliente y duro y la abrazó para acercarla más a él.

-Aquí estamos -comentó metiéndole un mechón de pelo detrás de la oreja.

-Solos tú y yo.

-Quiero que sepas que eres la única persona con la que quiero estar en estos momentos, y durante el resto de mi vida.

-Yo siento lo mismo por ti -admitió Zoë.

Seguía deseándolo, quería sentirlo en su interior, pero ya no tenía prisa. Quería tomarse su tiempo y saborear cada minuto. Él debía de sentir lo mismo, porque pasaron mucho tiempo besándose, acariciándose y descubriéndose. Explorándose el uno al otro como si fuese la primera vez, aunque Zoë se sentía como si hiciese cien años que se conocían.

¿Cómo era posible que estuviese tan excitada y tan a gusto al mismo tiempo?

-Me gusta esta sensación -dijo Nick mientras le acariciaba la suave piel que había entre sus piernas fascinado.

Ella se estremeció de placer.

Se puso de rodillas para que Nick pudiese verla mejor y se agarró a la cabecera de la cama.

Él se echó hacia delante y tocó su piel con la lengua, haciéndole cosquillas en el estómago con el pelo. Tenía la lengua tan caliente y la sensación fue tan intensa que Zoë dio un grito ahogado.

-Delicioso -comentó él levantando la cabeza para mirarla.

Quizás ella hubiese debido sentirse avergonzada, pero estaba demasiado excitada. Él volvió a hundir la lengua en su cuerpo hasta que Zoë sintió que no podía soportarlo más.

Quería más.

Oyó su propia voz, pero las palabras que decía eran incoherentes. La humedad de la lengua de Nick, el roce de su barba sobre su piel desnuda... era demasiado.

El placer nació de algún lugar en su interior, quizás en su propio alma, y fue recorriéndola entera. Fue tan intenso que le pareció que el tiempo se había

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

detenido. Todos los músculos de su cuerpo estaban en tensión. Tenía los ojos cerrados y agarraba a Nick por el pelo mientras experimentaba la oleada de placer.

Zoë no sabía si aquello se debía a que Nick era muy habilidoso o a las hormonas durante el embarazo, o a una mezcla de ambas cosas, pero nunca había tenido un orgasmo así en toda su vida.

Apoyó la cabeza contra su hombro, deseosa de decirle lo increíblemente bien que la había hecho sentir, pero casi no podía ni respirar, así que lo besó para demostrárselo. Probó sus propios labios entre los de él y le pareció que aquello era muy erótico. Metió las manos entre los dos y tomó su erección. Él gimió y la besó con más fuerza.

Zoë lo acarició con cuidado, sintiendo la dureza y suavidad de su músculo. Quería acariciarlo con los labios, pero cuando hizo ademán de bajar la cabeza él la detuvo.

-No.

-Quiero hacerlo.

-Pero yo quiero hacerte el amor.

-Podemos hacer las dos cosas.

-Me parece que estoy tan excitado que va a tener que ser o una cosa o la otra, necesito estar dentro de ti.

De todos modos, no tenían prisa. Tenían el resto de su vida para probar otras cosas. A pesar de que Zoë nunca había sido demasiado creativa ni atrevida en la cama, quería probarlo todo con Nick.

-¿Sabes qué es lo mejor de hacer el amor estando tú embarazada? -le preguntó él agarrándola por las caderas.

-¿El qué?

-Que no nos hace falta el preservativo.

Nick la ayudó a que se hundiese en él, muy despacio, con suavidad y muy profundamente. Suspiró y la agarró con más fuerza. Se quedaron unos segundos así, sin moverse, casi sin respirar. Encajaban a la perfección. Zoë no tenía duda alguna de que Nick era el hombre con el que quería pasar el resto de su vida. Quería tener hijos con él y envejecer a su lado. Y deseaba que él supiese lo que sentía.

-Nick, te quiero.

Él sonrió, tomó su rostro con ambas manos y la besó con ternura. Zoë no podía dejar de mover el cuerpo, hacia arriba y hacia abajo, a un ritmo lento pero constante. Observó fascinada la expresión de puro éxtasis de Nick, que dejó que fuese ella quien marcara el ritmo mientras la besaba, la acariciaba y le susurraba al oído palabras sensuales. Ella respondió a aquello utilizando palabras que nunca pensó que podrían salir de la boca de una chica católica. Cosas subidas de tono que parecían excitarlo.

Él introdujo una de las manos entre ambos y acarició el brote que tan bien había manipulado con la lengua, y la reacción de Zoë fue instantánea. Sintió un

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

estallido de placer que recorrió todo su cuerpo. Sólo cuando oyó a Nick gemir su nombre y sintió que su cuerpo se pegaba con fuerza contra el de ella se dio cuenta de que él también había llegado al clímax.

Se quedaron varios minutos sentados, recuperando la respiración. Zoë se decía a ella misma que debía quitarse de encima de él, pero seguía sintiendo dentro su erección, y eso le gustaba. Esperó y vio cómo pasaban los minutos en el despertador: dos, tres, cinco, y Nick seguía excitado. De hecho, a Zoë le daba la sensación de que cada vez estaba más duro.

Ella movió las caderas y Nick ronroneó de placer.

-Estoy impresionada.

-Ya sabes lo que quiere decir. Tendremos que hacerlo otra vez.

-¿Recuerdas cuándo nos conocimos? -le preguntó Nick.

Zoë estaba tumbada entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho. Olía tan bien. Se estaba haciendo tarde y los dos tenían que ir al trabajo. Pero la mente de Nick estaba funcionando a todo gas.

-Por supuesto. Me hiciste una entrevista y yo mentí bastante bien.

Nick jugueteó con su pelo, enrollando uno de los rizos alrededor de su dedo índice y luego dejándolo libre. Había tantas partes del cuerpo de Zoë con las que jugar. La noche anterior las había descubierto todas. Según había ido avanzando la relación sexual, Zoë se había ido dejando llevar, sin reservas ni remilgos. Era normal, habían tenido diez años para aprender a confiar el uno en el otro.

Lo que más les había costado había sido lo realmente bueno.

-Sabía que una chica de dieciocho años no podía tener tanta experiencia, pero parecías tan joven y vulnerable, que no pude rechazarte.

-¿Estás diciendo que te compadeciste de mí?

-Más o menos, sí -admitió Nick sonriendo.

-A pesar de que estaba deseando separarme de mi familia, aquellos primeros meses fueron muy duros. Nunca pensé que me sentiría tan sola. Tú tuviste mucha paciencia conmigo, era una pésima secretaria.

-Pero lo intentabas con tanto empeño, que no tenía fuerzas para despedirte. En el fondo sabía que eras especial. Y eras muy mona.

-Nunca te lo había dicho. Pero durante el primer año estaba loca por ti.

-Algo me olía.

-¿De verdad? -preguntó Zoë sorprendida.

-Sí, y estuve tentado, créeme. Pero por aquel entonces no buscaba una relación seria y no quería estropear nuestra amistad por una aventura de una noche.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-¿Sabes qué? Durante todos estos años todos los chicos con los que he salido se han sentido amenazados por la relación que tenía contigo.

-Qué raro. Yo he tenido el mismo problema con todas mis novias. Era como si pensasen que un tipo como yo no podía tener amigas.

-Quizás todos ellos veían algo de lo que nosotros no nos dábamos cuenta.

-Es posible. No te he contado lo que me dijo Lynn justo antes de la boda.

-¿El qué?

-Cuando salíamos del coche, antes de entrar a los juzgados, me dijo que sólo se casaría conmigo si te despedía.

-¡Qué dices!

-No quería que volviese a verte. Tenía que romper mi relación contigo.

-Qué locura. ¿Y qué le dijiste tú?

-Al principio pensé que era una broma, y cuando me di cuenta de que hablaba en serio, me sorprendió tanto que no supe qué decir. A pesar de que había tenido dudas acerca de ella, hasta aquel momento había pensado seguir adelante.

-Así que esperaste hasta el último minuto para dejarla.

-Era tan... manipuladora. Supongo que quise castigarla. Tenías que haber visto su cara cuando dije que no me casaba. Fue como decirle que te elegía a ti en vez de a ella.

-Tuvo que dolerle -comentó Zoë como si le diese lástima, aunque lo cierto era que le estaba causando mucha satisfacción escuchar aquello. Le gustaba oírlo decir que la había elegido a ella por encima de la mujer con la que iba a casarse.

-Me da vergüenza admitirlo, pero lo cierto es que me sentí bien al rechazarla.

-Pues ya somos dos.

-Ahora estoy exactamente donde tenía que estar -dijo Nick acariciándole el vientre-. Contigo y con el bebé.

Zoë suspiró, apoyó la cabeza en su pecho y colocó una mano encima de la suya. Ella también estaba donde tenía que estar. Pero después de haberle hecho esperar a él la respuesta a su petición de matrimonio, contestarle simplemente que sí no le parecía suficiente.

-¿Nick?

-¿Sí?

-¿Quieres casarte conmigo?

Él guardó silencio, así que Zoë levantó la cabeza para mirarlo. Estaba sonriendo de oreja a oreja. Era una sonrisa llena de amor y cariño. Había recibido el mensaje. Tomó su rostro con las manos y la besó.

-Por supuesto que sí.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Zoë se sintió aliviada en parte. No era que pensase que Nick hubiese podido decirle que no. Pero sentía que su vida estaba por fin encaminada. Quedaba algo más.

-Creo que deberíamos hacerlo cuanto antes. Tenían que sellar su amor cuanto antes. Continuar con su vida juntos. Como si en el fondo temiese que Nick pudiese cambiar de opinión.

-Es por el bebé -añadió.

-¿Cómo de pronto?

-¿Qué te parece el próximo viernes?

-El viernes me parece perfecto -dijo él sonriendo todavía más.

-Podemos hacer algo íntimo, en el juzgado de paz.

-Lo que tú quieras.

Zoë se puso cómoda entre sus brazos y se apretó contra él. Sabía que estaba haciendo lo adecuado y esperaba que él sintiese lo mismo.

Nick se mantuvo en silencio unos minutos, luego le preguntó:

-¿Quieres que te cuente un secreto?

-Cuéntame lo que quieras.

-Que nunca le he dicho a nadie que la quería. Zoë se apoyó en un codo para mirarlo. Parecía tan... triste.

-¿Cómo es eso posible? Has estado prometido dos veces.

-Es extraño, ¿verdad?

-¿No las querías? -lo interrogó Zoë. Una parte de ella, la parte egoísta, deseaba que le dijese que no.

-No lo sé. Quizás lo hice a mi manera. Quizás no soy capaz físicamente.

Quizás era la factura que le había pasado su niñez. Qué triste era que una persona viviese toda una vida sin amar a nadie de verdad.

-Contigo soy una persona diferente, Zoë. Vamos a ser una familia.

Ella volvió a dejar caer la cabeza, respiró su olor y sintió el latir de su corazón.

Una familia. Nick y ella.

¿Quería eso decir que la amaba? ¿Si así era, por qué no se lo decía con palabras? ¿De verdad no era capaz?

¿O admitir aquello había sido el primer paso? Al menos, era un paso en la dirección acertada.

Nick se quedó callado y cuando su respiración se hizo lenta y constante Zoë supo que se había dormido.

La amaba. Estaba segura. Lo sentía por su manera de mirarla, cuando la acariciaba. Cuando estuviese preparado, se lo diría.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Sólo tenía que ser paciente.

Capítulo Once

Zoë tenía una cara espantosa a la mañana siguiente, cuando Nick la despertó a las siete para ir a trabajar. Consiguió abrir un ojo lo suficiente como para ver que él ya se había duchado y estaba vestido y bastante despierto, teniendo en cuenta lo tarde que se habían dormido. Debió de ser obvio que ella no estaba como para ir a trabajar, porque Nick se limitó a darle un beso, taparla y decirle que se verían más tarde.

Zoë volvió a dormirse y tuvo pesadillas. Soñó que era el día de la boda y que ella avanzaba por el pasillo del brazo de su padre. En vez de llevar un vestido blanco, llevaba el mismo vestido que se había puesto en las dos bodas anteriores de Nick, con los tirantes rotos y manchado, pero lo había teñido de color carmesí, el mismo color que el coche de su hermana.

Los invitados estaban todos vestidos de blanco, y no parecían pensar que el vestido de Zoë fuese algo anormal, todos sonreían y la saludaban con la cabeza. Los bancos estaban adornados con rosas rojas, lo que hacía que los invitados se viesen pálidos y etéreos.

Su mente le decía a Zoë que todo era normal, pero había algo que no iba bien.

Nick la estaba esperando en el altar, con el mismo traje que en su última boda. Sonreía, pero de manera poco natural, como si alguien le hubiese obligado a estar allí en contra de su voluntad. Zoë continuó avanzando hacia él, diciéndose que todo iba a salir bien, pero en vez de estar cada vez más cerca de él, se iba alejando. El aroma de las rosas impregnaba el aire, pero no olía a flores, sino a metal, como a sangre. Y a ella le escocía la nariz y le dolía el estómago.

Algo no iba bien.

Empezó a caminar con más rapidez, intentando desesperadamente llegar al lado de Nick, que estaba desapareciendo de su visión. Lo llamó, pero no parecía oírla.

Quiso correr, pero le pesaban las piernas, se sentía débil y tenía retortijones que hacían que se doblase. Sintió cómo la niebla la envolvía. Intentó avanzar a través de ella, sintió que le llenaba los pulmones, que hacía que le costase respirar. No podía ver, ni respirar, y no oía nada más que su propio corazón, que latía frenéticamente.

Volvió a llamar a Nick en vano. Todo el mundo había desaparecido, Nick, su padre, y los sonrientes invitados. Estaba ella sola y tenía la impresión de que se había convertido en la número tres. Nick la había abandonado en el altar, como a las demás.

Sintió que alguien la agarraba con firmeza por el hombro y la llamaba por su nombre.

-Eh, ¿estás bien? -Faith estaba al lado de la cama y la miraba preocupada.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-He tenido una pesadilla -respondió ella con voz débil.

-Estabas llamando a Nick. Ya se ha ido al trabajo -le tocó la frente-. Estás sudando.

Faith tenía razón. La sábana se le pegaba a la piel y tenía el pelo húmedo. Sentía frío y calor al mismo tiempo y todo le daba vueltas.

Zoë parpadeó varias veces y luchó por despertarse del todo, pero no pudo evitar la sensación de que estaba entre el sueño y la consciencia. Tardó un minuto en darse cuenta de que seguía sintiendo los mismos retortijones que en la pesadilla.

No era real, se dijo. Estaba bien. Pero el dolor era muy real y demasiado intenso.

Sintió miedo y le dio un vuelco el corazón. Faith la miraba cada vez más preocupada.

-¿Zoë, qué ocurre? Estás pálida.

Todo iba bien. El niño estaba bien, se dijo Zoë, pero tenía las puntas de los dedos entumecidas por el miedo. No podía respirar bien.

Fue entonces cuando sintió algo húmedo entre las piernas.

Aquello no podía estar pasando.

Nick y ella iban a casarse. Iban a tener hijo juntos.

-¿Zoë? -Faith había vuelto a ponerle una mano en el hombro-. Háblame.

El dolor era cada vez más intenso.

No, no, no, no podía estarle pasando aquello. Tenía que encontrar una manera de pararlo. Tenía que hacer algo.

Miró a su hermana con los ojos llenos de lágrimas.

-Me parece que estoy perdiendo al bebé.

Nick esperó impaciente el ascensor del hospital para subir al tercer piso. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, sólo había recibido un mensaje de Faith en el que le decía que fuese al hospital.

Se había pasado toda la mañana fuera de la oficina y tenía el teléfono móvil sin batería, así que no se había enterado de nada hasta veinte minutos antes, cuando Shannon lo había abordado de camino a su despacho.

Había intentado localizar a Faith y a Zoë en sus teléfonos móviles, pero ninguna de las dos le había respondido.

No dejaba de repetirse que tenía que haber una explicación lógica para aquello. Seguro que todo iba bien.

No obstante, tenía un nudo en el estómago y estaba asustado. ¿Y si Zoë no estaba bien? ¿Qué haría él? Las puertas del ascensor se abrieron y él atravesó el

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

pasillo hasta llegar hasta donde estaba el puesto de enfermeras, allí preguntó por Zoë a una mujer mayor, de aspecto cansado.

-Habitación mil trescientos cuarenta -dijo señalando con el dedo-. Por ahí, nada más volver la esquina.

Nick anduvo por el pasillo sintiendo que el corazón se le iba a salir del pecho.

Zoë estaba bien. Todo iba a salir bien.

Volvió la esquina y vio a Faith fuera de una de las habitaciones, al ver la expresión de su rostro supo que las cosas no iban bien.

-¿Qué ha pasado? ¿Cómo está Zoë?

-Está bien -respondió Faith-. Pero tendrá que quedarse aquí a pasar la noche, en observación.

Nick se sintió aliviado. Pero tuvo que apoyarse en el marco de la puerta porque le flaqueaban las rodillas. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo asustado que estaba. No sabía lo que habría hecho si le hubiese pasado algo a Zoë.

¿Entonces, qué hacía allí?

Había estado tan preocupado por Zoë que se había olvidado de su embarazo.

-¿Y el bebé? -preguntó.

Faith se mordió el labio y puso la misma cara que ponía Zoë cuando algo iba mal.

Había perdido al bebé.

¿Cómo afectaría aquello a Zoë? Últimamente se había hecho a la idea de que iba a ser madre y aquello le iba a resultar muy duro. Se sentiría culpable. ¿Y si aquello tenía que ver con lo que habían hecho la noche anterior? Nunca se lo perdonaría si había sido culpa suya.

Lo que necesitaba en esos momentos era ver que ella estaba bien.

-¿Puedo entrar?

-Por supuesto. Te está esperando.

Tomó aire y entró en la habitación. Zoë estaba sentada en la cama con un camisón del hospital. Parecía pequeña y vulnerable. Se la veía sola y aturdida.

-Eh -dijo él acercándose a la cama.

Zoë estaba conteniendo las lágrimas.

Así era ella, siempre pensaba que tenía que ser más fuerte que nadie.

-Hemos perdido al bebé -dijo mirándolo con dolor.

-Me lo ha dicho tu hermana. Siento no haber podido llegar antes.

Nick se sentó a un lado de la cama. Zoë parecía muy tensa. ¿No pensaría que iba a dejarla sola en aquellos momentos?

-Lo siento -murmuró Zoë con voz temblorosa.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-No ha sido culpa tuya -la reconfortó él abrazándola y sintiendo que ella se relajaba por fin. Zoë se fundió en lágrimas. Lloró en silencio durante varios minutos y él no dejó de abrazarla. No sabía qué decir ni qué más hacer. Ni siquiera sabía lo que había ocurrido.

-Pensé, pensé... que a lo mejor estabas enfadado -dijo ella apesadumbrada.

-¿Por qué iba a estar enfadado? -preguntó él encogiéndose de hombros y ofreciéndole un pañuelo.

-Porque sé lo mucho que significaba ese bebé para ti.

-Pero es mucho más importante que tú estés bien.

-Es tan extraño. Al principio me asustó la idea de ir a ser madre, y ahora me siento tan... vacía. Yo quería tener ese hijo, Nick.

-Lo sé -dijo él poniéndole un mechón de pelo detrás de la oreja. No quería saberlo, pero era algo que tenía que preguntar-. ¿Te han dicho por qué ha sido? Quiero decir que anoche...

-No ha sido por eso. Pero me han hecho una ecografía hace una hora y por la cara de la enfermera es evidente que algo no iba bien. Me ha dicho que el médico pasaría a verme.

-Siento no haber estado contigo -añadió él acariciándole la espalda. A veces se le olvidaba lo vulnerable que era Zoë. Él quería protegerla, decirle algo que aliviase su dolor-. Estoy seguro de que todo está bien.

-¿Y si no es así? ¿Y si algo va realmente mal? Antes pensaba que no quería tener hijos, pero ahora la idea de no poder...

-No merece la pena preocuparse antes de tiempo. Pero Nick también se preguntó qué pasaría si Zoë no podía tener hijos, si nunca fuesen a poder tener un hijo juntos. Después de tantos años deseando una familia, esperando que llegase el momento perfecto. ¿Podría casarse con una mujer estéril? La respuesta lo sorprendió.

Lo cierto era que le daba igual, si aquella mujer era Zoë. Quizás al principio lo que lo había movido a querer casarse con ella era que estaba embarazada. Pero en esos momentos a quien quería era a ella. Con o sin bebé.

Antes de poder decírselo a Zoë, entró en la habitación el doctor Gordon, con Faith pegada a sus talones. Zoë tomó a Nick de la mano, estaba temblando.

-En primer lugar, y después de ver los resultados de la ecografía, quiero decirles que no ha sido culpa vuestra. Hay una membrana en el útero de Zoë que lo divide en dos secciones. Esto ha hecho que el bebé no haya podido desarrollarse bien.

Luego les explicó que, afortunadamente, el embrión se había implantado en la sección más pequeña, porque si lo hubiese hecho en la más grande, el feto podría haber estado desarrollándose hasta el cuarto mes, quizás hasta el quinto, antes de haberse malogrado.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Zoë se quedó callada, agarrando con fuerza la mano de Nick. Así que fue él quien preguntó lo que probablemente ella tuviese miedo a preguntar.

-¿Y es algo que pueda solucionarse?

-Sí, puedo extraer la membrana, es algo relativamente sencillo. Si no hay ninguna complicación, el tiempo de recuperación es de una o dos semanas.

-¿Y luego todo será normal? ¿Podrá volver a quedarse embarazada? -lo interrogó Nick. No quería que Zoë se quedase con ninguna duda.

-¿Han tenido alguna dificultad para concebirlo? -quiso saber el médico.

-No -respondieron los dos al unísono.

El médico sonrió.

-En ese caso no debería haber ningún problema en que volviese a quedarse embarazada y que todo saliese bien.

Nick sintió que Zoë se había relajado porque ya no le apretaba tanto la mano. Sabía que el ginecólogo estaba siendo sincero con ellos, que no les daría falsas esperanzas. Zoë iba a estar bien. Superarían aquello. La operarían y volverían a intentarlo.

-Quiero que vuelva dentro de dos semanas -le pidió el doctor Gordon a Zoë-. Si todo está bien planificaremos la operación.

Zoë y Nick le hicieron un par de preguntas más y luego le dieron las gracias. Cuando el médico se hubo marchado, Faith se acercó a darle un beso y un abrazo a su hermana.

-Me alegro de que todo esté bien.

-Gracias -dijo Zoë. Y ambas sintieron algo que no era necesario expresar con palabras.

Zoë no tenía ni idea de lo afortunada que era por poder tener aquel vínculo con alguien. Por la familia. Nick también iba a tener aquello a partir de entonces. Iban a casarse y la familia de Zoë sería la suya.

-Me voy un rato a la cafetería, para que podáis estar solos -dijo Faith-. Volveré luego.

-Supongo que te has librado de mí.

Nick no podía creer lo que estaba oyendo. Tomó su mano y le dijo.

-¿Qué quieres decir?

-Que como ya no hay bebés no tienes que casarte conmigo.

-Haré como si no te hubiese oído.

-¿Y si no puedo tener más hijos?

-Pues lo siento mucho. Pero eres tú la que no vas a librarte de mí.

A Zoë le corrió una lágrima por la mejilla y él se la limpió con el dedo pulgar.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Ya has oído al doctor -añadió Nick-. No tienes que preocuparte por eso. Van a operarte y todo irá bien.

Ella asintió, pero no parecía convencida.

-Pero falta algo -comentó Nick.

-¿Qué falta?

-Tenemos que hacerlo oficial.

Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una cajita de terciopelo. La abrió y disfrutó de la expresión de Zoë al ver el anillo de compromiso con un diamante de dos quilates que tanto trabajo le había costado encontrar.

-Dios mío. ¿Me has comprado un anillo?

-Sí, y me he pasado toda la mañana buscándolo.

Nick sacó el anillo de la caja y Zoë mantuvo la respiración mientras se lo ponía en el dedo anular de la mano derecha. Era perfecto. Muy femenino pero no demasiado llamativo.

Zoë levantó la mano y la piedra preciosa brilló.

-¿Cómo has sabido cuál era el tamaño?

-Te he tomado prestado un anillo del joyero antes de marcharme esta mañana. ¿Te gusta?

-Es exactamente el que yo misma habría elegido -respondió ella con los ojos llenos de lágrimas. Lágrimas de alegría, esperaba Nick. Entonces la vio sonreír-. Es perfecto, Nick.

-Ahora ya es oficial. Y como ya no tenemos prisa, podemos planear bien la boda si tú quieres. He oído que la mayoría de las mujeres se pasan la vida planeando el día de su boda.

-Yo no. No necesito una boda por todo lo alto. Y no quiero esperar. Quiero que nos casemos el próximo viernes, tal y como habíamos dicho.

-¿Estás segura de que te apetece? Hoy has pasado por una experiencia muy dura...

-Me siento mejor ahora que sé que todo va a ir bien. Quiero volver a intentarlo en cuanto el doctor me diga que puedo hacerlo. Quiero que tengamos un bebé.

Nick le apretó la mano.

-Lo que tú quieras.

-Y quiero más de uno. Al menos dos, quizás tres.

-En tu casa no vamos a caber todos. Tendremos que mudarnos a una más grande.

-¿Con un terreno para que jueguen Tucker y los niños? ¿Y un jardín enorme?

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Lo que tú quieras.

-Pues eso es lo que quiero -dijo ella abrazándolo con fuerza-. Es exactamente lo que quiero.

Zoë parecía feliz, pero Nick tenía la sensación de que algo no iba bien, no sabía el qué.

Capítulo Doce

Zoë se tomó el resto de la semana libre, y aunque Nick pensaba que debía descansar todavía más, ella estaba cansada de estar sentada en casa, compadeciéndose de sí misma, y volvió al trabajo el lunes.

Era lo adecuado. Cuatro días más tarde sintió que había empezado a curarse, tanto física como mentalmente. Se sintió preparada para seguir adelante.

No dejaba de recordarse lo que le había dicho el doctor, que todo habría sido mucho más difícil si hubiese estado embarazada de cuatro o cinco meses. El bebé habría estado casi desarrollado por completo. Habría sido una pequeña persona. Habrían sabido si era niño o niña. Y durante los días posteriores habrían tenido que planear un funeral en vez de una boda. Sólo la idea hacía que se estremeciese.

Dado que Nick estaba deseando tener hijos, Zoë había esperado que se lo tomase mucho peor, pero él se había mostrado más preocupado por ella que por el hecho de que hubiese perdido al bebé. Aunque también había dicho que le preocupaba la posibilidad de poder tener hijos en el futuro y se había sentido aliviado al oír que con una operación se solucionaría el problema.

Pero Zoë no dejaba de preguntarse qué pasaría si no se solucionaba. Nick ni siquiera había querido hablar de ello. ¿Qué sucedería si algo iba mal y Zoë no podía tener hijos? ¿Querría Nick seguir casándose con ella?

Por entonces, ya estarían casados.

Quizás fuese por eso por lo que él había sugerido posponer la boda. A lo mejor quería estar seguro de que Zoë estaba bien antes de atarse a ella. Quizás no quisiese casarse con una mujer que no pudiese darle descendencia.

Zoë cerró los ojos y sacudió la cabeza.

Aquello era ridículo. Nick le había comprado un anillo precioso y se había comportado de manera increíblemente dulce con ella durante los últimos días.

En el hospital, Zoë había soñado con volver a casa, pero una vez allí, se había sentido como si todo hubiese cambiado. Había sido muy difícil volver a la rutina. Nick había estado a su lado todo el día después de que perdiesen al bebé. Le había llevado té, la había abrazado cuando lloraba, era decir, prácticamente todo el tiempo.

¿Por qué habría hecho Nick todo aquello si no quería casarse con ella? ¿Si no la amase?

Y si la quería, ¿por qué no se lo decía?

-Eh, Zoë, ¿qué tal estás?

Levantó la cabeza y vio a Shannon en la puerta de su despacho. Otra vez. Era la tercera vez aquel día que pasaba a verla, y sólo eran las tres de la tarde. Llevaba toda la semana preocupándose por ella, como una madre.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-Puedes dejar de rondarme, estoy bien.

-Ya sabes dónde estoy si me necesitas -respondió ella antes de desaparecer.

Toda la empresa se había enterado de lo que había ocurrido. Zoë había recibido varios ramos de flores y tarjetas de condolencias durante el fin de semana. Todo había estado dirigido tanto a ella como a Nick, así que todo el mundo estaba al corriente. De todos modos, no habrían tardado en enterarse. También sabían que iban a casarse.

Algunos compañeros de trabajo habían querido organizarle a Nick una despedida de soltero aquella noche, pero él había dicho que no le parecía apropiado, dadas las circunstancias. Zoë también había contestado lo mismo cuando las chicas le habían propuesto a ella ir a ver un espectáculo de strip-tease masculino.

Lo único que quería Zoë era que pasase la boda. Cada día que pasaba tenía más ansiedad y estaba más preocupada por que Nick pudiese rechazarla en el altar.

¿Y si no aparecía siquiera? Iban a pasar la noche anterior separados. Había sido idea de Nick. Ella se iba a quedar en su casa y él iba a ir a la suya, con O'Connell. Quizás Zoë debía haber insistido en que fuesen juntos hasta los juzgados, así al menos estaría segura de que Nick iría.

Zoë casi refunfuñó en voz alta.

Era ridículo. Se estaba comportando como una tonta y una paranoica. Por supuesto que Nick aparecería. Y por supuesto que se casaría con ella. Aunque todavía no le hubiese dicho que la quería.

En menos de veinticuatro horas sería la señora de Nick Bateman. La esposa de alguien. Un mes antes le habrían dado escalofríos sólo de pensarlo, pero, por alguna razón, ya no le parecía algo tan extraño. Había cambiado mucho durante las últimas semanas. El estar con Nick le había enseñado que compartir la vida con alguien no significaba sacrificar su libertad. Ni tampoco cambiar como persona.

Ni siquiera le importaba tener su enorme perro en casa, eran como una familia. Y algún día tendrían hijos. Un niño con los hoyuelos y los ojos color avellana de Nick, o quizás una niña con el pelo rizado y la cabezonería de Zoë.

Las posibilidades eran infinitas.

Tiffany, de contabilidad, entró en su despacho sin llamar, como hacía siempre, y dejó encima de la mesa de Zoë una factura.

-Necesito que aprueben esto -soltó.

«Qué agradable», pensó Zoë. Todo el mundo sabía que Tiffany había andado detrás de Nick los seis primeros meses que había estado en la empresa. Según Shannon, Tiffany estaba convencida que ella sería la siguiente en salir con Nick después del fracaso de su relación con Lynn, pero él no se había mostrado interesado por ella. Cuando Tiffany se había lanzado y le había pedido salir, él le había contestado con mucha educación que lo dejase tranquilo. Tiffany era joven, tenía los pechos grandes y era guapa, lo más probable fuese que no estuviese acostumbrada a que los hombres la rechazasen. Desde que había sorprendido a

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Nick y a Zoë muy acaramelados en la oficina, se había estado comportando muy mal con ella.

De lo que Tiffany no se daba cuenta era de que Zoë tenía la autoridad necesaria para despedirla, y probablemente lo habría hecho si ella no hubiese trabajado tan duro.

-Te la haré llegar el lunes -respondió Zoë esperando que Tiffany se diese por aludida y se marchase de allí.

Pero no lo hizo.

-¿Así que mañana es el gran día, verdad?

-Sí -respondió ella intentando esconderse detrás de la pantalla del ordenador.

-¿Y no estás nerviosa, teniendo en cuenta la reputación de Nick?

«Ignórala», se dijo Zoë. «Sólo está intentando provocarte». Zoë la miró con lo que intentó que fuese una sonrisa, pero probablemente le salió una mueca.

-Tiffany, tengo mucho trabajo.

Tiffany continuó como si no le hubiesen dicho, indirectamente, que se perdiese.

-Sólo estoy preocupada por ti. Estoy segura de que en estos momentos te sientes muy vulnerable. ¡Por favor! ¿Iba a pretender que le preocupaba el bienestar de Zoë? ¡Qué estupidez!

-Muchas gracias. Pero no me apetece hablar de temas personales contigo.

-Tienes motivos para estar preocupada -insistió la otra-. Quiero decir, que antes él tenía un motivo por el que casarse contigo, pero ahora...

Retrocedió y dejó aquella bomba en el aire, para que Zoë la asimilase.

Y así fue. Zoë tuvo que contenerse para no ir hasta donde estaba Tiffany y sacarle los ojos.

Lo que Tiffany quería decir era que como ya no estaba embarazada, Nick no tenía ningún motivo para casarse con ella. Zoë no podía evitar sentir miedo. Las palabras de Tiffany no estaban exentas de verdad.

-Debe de ser horrible que la dejen a una plantada en el altar, ¿pero y si ni siquiera aparece?

Zoë apretó los puños. «No la mates. No la mates», se dijo.

-Cállate, Tiffany -espetó Shannon desde la puerta-. Estás celosa porque le pediste a Nick que saliese contigo y él no quiso.

Tiffany se sonrojó y miró mal a Shannon.

-Yo he apostado porque Nick la deja tirada. Ya veremos qué pasa.

Tiffany salió del despacho y Shannon murmuró:

-Qué zorra.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Zoë se apoyó en el respaldo de la silla y suspiró con fuerza.

-Si hubieses tardado un poco más, podías haber sido testigo de una agresión.

-No la escuches, Zoë. No sabe de lo que habla.

-¿Qué ha querido decir con lo de la apuesta? -preguntó a pesar de conocer la respuesta de antemano.

-No le hagas caso.

-Shannon, ¿qué ha querido decir?

-No quería contártelo... -comentó Shannon mordiéndose el labio, incómoda.

-Habéis hecho otra apuesta, ¿verdad?

Shannon asintió y Zoë sintió que se le aceleraba el pulso. Tenía ganas de irse a casa, tirarse en la cama, taparse la cabeza y quedarse allí para siempre.

-¿Y cuál es concretamente la apuesta esta vez? -preguntó fingiendo que no se sentía traicionada por personas a las que consideraba sus amigas.

-Si Nick se casará contigo, te dejará en el altar o no aparecerá siquiera.

Zoë sintió ganas de vomitar.

-¿Y tú por qué has apostado? ¿Crees que va a dejarme?

-Yo no he apostado, pero si lo hubiese hecho, habría dicho que Nick iba a casarse contigo. No dudo que quiera tener hijos, y quizás aquello fue un factor importante cuando le pidió a las otras dos que se casasen con él, pero contigo es diferente. Estoy segura.

Si ocurría el milagro de que no la dejase plantada en el altar, si de verdad se casaban, ¿quería ella pasar el resto de su vida con un hombre al que tan sólo le gustaba mucho? ¿No merecía algo más?

-Todo va a salir bien -le aseguró Shannon.

Eso era lo que Zoë había pensado, pero ya no estaba convencida. La cuestión era qué iba a hacer al respecto.

-¿Estás segura de que no quieres que vaya? -le preguntó Faith por enésima vez-. Si salgo ahora mismo todavía llegaría a tiempo.

Tres horas. Sólo faltaban tres horas para que se casase con Nick. Parecía algo irreal.

Se había pasado la noche dando vueltas y se había levantado de la cama antes del amanecer. Estaba demasiado nerviosa para desayunar. Demasiado distraída para hacer algo que no fuese sentarse en la cocina a tomarse un té mientras hojeaba el periódico.

De acuerdo con el diario local la temperatura sería alta y brillaría el sol. El tiempo no habría podido ser mejor.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

¡Era el día de su boda! Tendría que estar feliz. ¿Por qué no mostraba un poco de entusiasmo? Ni siquiera había conseguido todavía meterse en la ducha y vestirse, y todo lo que Shannon y ella habían comprado el miércoles seguía en las bolsas, en el asiento trasero del coche.

-¿Zoë? -dijo Faith.

-No estoy segura de que vaya a ir -admitió ella.

-No digas eso. Nunca te he visto tan feliz. Sé que la semana pasada ha sido muy dura. Quizás Nick tenga razón, quizás debieseis haber esperado y haber planeado una boda de verdad. Una a la que pudiesen ir tu familia y tus amigos.

¿Y correr el riesgo de que la dejasen tirada en el altar delante de todo el mundo? Ni soñarlo.

-Son sólo los nervios previos a la boda -le dijo Zoë a su hermana para que no fuese corriendo para allá-. Todo va a salir estupendamente.

-Nick te quiere.

-Lo sé.

Ése era el problema. Que no estaba segura. Nick no se lo había dicho y ella había tenido miedo de preguntárselo.

¿Y si le contestaba que no la quería?

¿Y si le hubiese dicho que lo sentía, que no era capaz de amar, pero que ella le gustaba mucho?

-Te tengo que colgar. Tengo que prepararme -anunció Zoë.

-¿Estás segura de que estás bien?

-Sí, estoy bien -mintió ella.

-¿Me llamarás luego para contarme qué tal ha ido?

-Te lo prometo.

Zoë colgó el teléfono y suspiró, todavía no se sentía con fuerzas para meterse en la ducha. Se preparó otra taza de té y volvió a sentarse.

Dos horas más tarde seguía allí, fue entonces cuando se dio cuenta de que no podía hacerlo. No podía casarse con él.

El problema era cómo decírselo.

Capítulo Trece

Nick estaba en el vestíbulo de los juzgados, mirando hacia la puerta, comprobando la hora y asegurándose de que su teléfono móvil todavía tenía batería. Estaba incómodo con aquella camisa almidonada y con la corbata nueva, que lo ahogaba.

Había intentado localizar a Zoë en su casa y en el teléfono móvil, pero no había contestado. Había llamado incluso a Faith, después había hablado con Shannon, que estaba en la oficina. Nadie había tenido noticias suyas desde hacía varias horas.

Cualquier hombre listo, y realista, se habría marchado de allí mucho tiempo antes. Nada más darse cuenta de que su prometida no iba a aparecer.

Tendría que haber estado al menos un poco enfadado con Zoë, pero lo cierto era que se lo merecía. En el fondo, casi se alegraba. Era lo que necesitaba para darse cuenta de lo tonto que había sido. ¿Qué razones le había dado a Zoë para hacerla creer que se casaría con ella? Quizás Zoë pensase que él ni siquiera iba a aparecer. Le había dicho que se quería casar con ella, pero había hecho lo mismo con las otras dos mujeres.

Lo que no había hecho había sido demostrarle a Zoë que ella era diferente. Que ella era la buena. La quería, y debía habérselo dicho antes.

Y no era que no hubiese tenido oportunidades. La noche que habían hecho el amor y ella le había dicho a él que lo amaba, podía haberle dicho que él también la amaba. Y después, cuando había admitido que nunca había dicho aquellas palabras, podía habérselo dicho.

Podía habérselo dicho en el hospital, o durante el día siguiente a la pérdida del bebé, que habían pasado los dos juntos. Había tenido aquellas palabras muchas veces en la punta de la lengua, pero algo había hecho que no las dijese. Siempre se había refrenado.

Quizás se había acostumbrado a comportarse así. Su madre había sido la única que lo había querido, y lo había abandonado. Según había ido creciendo, lo más fácil había sido no dejar que nadie se acercase demasiado a él. No dejarse enamorar.

Quizás en su interior siguiese siendo un niño que tenía miedo a que volviesen a romperle el corazón. Pero ya era demasiado tarde. Estaba enamorado de Zoë. Y lo único que había conseguido al no decírselo había sido hacerle daño.

«La quiero», se dijo, sorprendido de que no fuese tan difícil reconocerlo. De hecho, sonaba bien. Le parecía algo... natural.

Se dirigió hacia las escaleras sabiendo exactamente lo que tenía que hacer.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Era el momento de despedirse del niño que había en él y de empezar a comportarse como un hombre.

Zoë no habría sabido decir a qué hora apareció Nick en su casa. Seguía en pijama, sentada en el balancín del patio trasero. Hecha un ovillo. Preguntándose si él habría ido a los juzgados. Quizás estuviese tan enfadado que no volvería a hablarle nunca.

Entonces apareció, todavía vestido con el traje de boda. Se acercó al balancín con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, más que enfadado, parecía cansado.

El traje le sentaba muy bien, tan bien como la ropa de diario.

¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué se lo estaba imaginando desnudo?

-Me parece que te has olvidado de que habíamos quedado esta tarde.

-Lo siento mucho, Nick.

-El que lo siento soy yo.

-Es culpa mía. Supongo que tenía demasiado... miedo.

-¿Tenías miedo a que me echase atrás en el último momento o a que no apareciese?

Ella asintió, agradecida porque hubiese sido él quien hubiese dicho aquello. Y agradecida sobre todo por su comprensión.

-No te he dado ninguna razón para que pienses que eso no sucedería -admitió Nick tomándole la mano y entrelazando los dedos con los suyos-. Por eso, es todo culpa mía.

-Debí confiar en ti.

Nick rió, aunque no era una risa alegre.

-¿Qué he hecho yo para ganarme tu confianza? ¿Pedirte que te cases conmigo? Ya se lo había pedido en el pasado a otras dos mujeres y no estoy casado con ninguna de las dos.

¿Qué intentaba, hacerla sentir todavía peor?

-No sé adónde quieres ir a parar, pero te advierto que no estás poniéndome las cosas fáciles.

-Quiero decir que yo sabía exactamente lo que esperabas de mí, pero fui demasiado cobarde para dártelo. La única manera que hay de que esta relación funcione es que yo deje de comportarme como un idiota y te diga lo que siento.

-Debí preguntártelo.

-De eso nada.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

Quizás tuviese razón. A lo mejor Zoë era un poco cabezota o estaba chapada a la antigua, pero lo cierto era que creía que si uno sentía algo por otra persona, debía decírselo.

Nick le levantó el rostro poniéndole la mano en la barbilla.

-Nunca pensé que se pudiese querer a alguien tanto como yo te quiero a ti. Quizás era yo mismo el que no me fiaba de mí.

Zoë sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

-Te quiero, Zoë -dijo Nick besándola-. Con todo mi corazón.

Ella cerró los ojos y suspiró. Nick no podía habérselo dicho mejor, ni con más dulzura, porque se lo había dicho con el corazón.

-Yo también te quiero, Nick.

-Te voy a pedir un favor. Quizás esto te suene un poco extraño. Pero te voy a pedir que confíes en mí.

-De acuerdo.

-¿Puedes devolverme el anillo un momento?

Zoë confió en él. Se lo quitó del dedo y se lo devolvió.

-Me he dado cuenta de que ya era hora de que hiciese las cosas bien -dijo él apoyando una rodilla en el suelo-. Zoë Simmons, ¿quieres hacerme el honor de casarte conmigo?

-Por supuesto que sí -respondió ella mientras Nick volvía a ponerle el anillo. Entonces lo abrazó.

-Sé que no querías una boda por todo lo alto, pero creo que ya no tenemos elección.

-¿Por qué? -quiso saber ella.

-Porque en cuanto colgué el teléfono a tus padres después de pedirles tu mano se pusieron a hacer la lista de invitados.

-¿Les has pedido mi mano?

-Ya te he dicho que quería hacer las cosas bien.

En esos momentos sus padres debían de considerarla la mejor hija del mundo. Y sólo unas semanas antes había estado preocupada por si la repudiaban.

-¿Y qué te han contestado?

-Que ya era hora -rió él.

Epílogo

Nick tuvo que tener cuidado al bajar las escaleras hacia el primer piso para no tropezar con la Barbie que yacía medio desnuda y los coches que había tirados en la puerta de la leonera. Todo eso debía haber estado ya recogido.

Cuando vio el videojuego en la televisión, supo por qué no lo estaba.

Atravesó la habitación y apagó la televisión.

-¡Papá! -se quejaron sus dos hijos mayores, Steven, de nueve años, y Lila, de ocho.

-Nada de papá. Se suponía que ibais a recoger los juguetes. Es casi hora de irse a la cama.

Nathan, de seis años, que no sólo había heredado los ojos y el pelo oscuro de su padre, sino su gusto por el orden, ya estaba colocando los LEGOS en su sitio.

-Jenny ha eructado -le dijo a su padre señalando al bebé de seis meses que Nick llevaba debajo del brazo izquierdo, que luchaba por zafarse del abrazo de su padre y llegar al suelo.

Como no tenía ningún pañuelo a mano, limpió las babas de la niña con la manga de su camisa mientras se preguntaba si en los últimos nueve años había llevado alguna vez una camisa limpia.

-¡Papá! -lo llamó Olivia, de cuatro años, la más directa de todos. Hablaba a dos volúmenes. O alto, o muy alto-. Mamá está otra vez en la cocina comiendo galletas.

El se puso de cuclillas para ponerse a su altura.

-¿Cariño, qué te han dicho papá y mamá de acusar a los demás?

-Yo también quiero galletas -dijo ella.

-Justo antes de irte a la cama, no.

-¿Y por qué mamá puede comer galletas justo antes de irse a la cama?
-preguntó Nathan.

-Porque es una adulta -respondió Lila-. Puede comer galletas cuando quiera.

-Mañana podrás comer galletas -dijo Nick.

-Mamá se está comiendo toda la caja. No quedarán para mañana.

-Eh, que te he oído -comentó Zoë apareciendo por la puerta con las manos en las caderas-. Lila, ¿puedes vigilar a tu hermana un momento? Papá y yo tenemos que hablar.

-Claro, mamá -accedió ella tomando al bebé de los brazos de su padre. Así no tendría que recoger los juguetes.

-Cinco hijos. ¿De quién fue la brillante idea? -preguntó Zoë

En realidad, no había sido idea de ninguno de los dos. Después de Steven y Lila, cuyos nacimientos habían sido planeados, ambos se habían dicho que ya

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

tenían el niño y la niña. Pero cuando Lila había empezado a crecer, Zoë había vuelto a tener deseos de tener otro bebé.

Así que se habían relajado con la contracepción y se habían dicho que dejarían que fuese lo que tuviese que ser. Y Nathan llegó nueve meses después. Olivia había sido un desliz, como resultado de un exceso de champán el día de Nochevieja.

Jenny también había llegado por accidente, cuando ambos pensaban que estaban teniendo cuidado. Era evidente que no habían tenido el suficiente cuidado, les había dicho el doctor.

Después del nacimiento de Jenny, a Zoë le habían recetado la píldora, que estaba haciendo estragos en su periodo y había hecho que tuviese ganas de llorar últimamente, pero parecía estar funcionando.

Otra opción habría sido una vasectomía. Eso, o que Nick se hubiese mudado a vivir a otra casa, porque once años después de su matrimonio, seguía deseándola como el primer día.

Zoë lo condujo hacia la sala de reuniones del primer piso, el aseo que había al lado de la cocina. Uno de los pocos lugares de la casa en los que todavía podían estar a solas.

Zoë se volvió hacia él, tenía las mejillas sonrosadas porque acababa de bañarse y le brillaban los ojos. A veces Nick se sorprendía de cuánto la quería.

Cuando en ocasiones pensaba que no podía quererla mas, la oía leerle un cuento a Olivia antes de dormir, cambiando la voz para cada personaje, o haciéndole pedorretas a Jenny en la tripita mientras le cambiaba el pañal. Había millones de pequeñas cosas que hacían que cada día la quisiese más.

Y ella también lo adoraba.

-¿Qué pasa? -quiso saber Nick.

-Tenemos un problema.

-¿Qué tipo de problema? -preguntó él frunciendo el ceño.

-Bueno, más que un problema es un pequeño inconveniente.

-¿Qué han roto esta vez?

-No han roto nada. Ya sabes que desde que nació Jenny mis periodos han sido muy irregulares. -Y... que últimamente he estado un poco desagradable. Muy cansada y he tenido náuseas.

-Pensé que era como resultado de la píldora.

-Eso pensaba yo también, al principio.

-¿Pero?

-Entonces me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no tenía el periodo.

-Así que se te ha retrasado.

-Eso es.

Michelle Celmer – Secretos de una secretaria

-¿Cuánto?

-Dos semanas, quizás tres.

-¿Dos o tres?

-Quizás más bien tres.

-Eso quiere decir que voy a tener que ir a la farmacia a comprar una prueba de embarazo.

-La compré yo hace cuatro días, cuando fui a recoger a los niños del colegio.

-¿Hace cuatro días?

-Pero no me he atrevido a hacérmela hasta esta noche.

-¿Y?

-¡Uy!

Nick intentó no sonreír, pero no lo consiguió.

-Sé que te hace ilusión -le dijo ella-. Así que puedes sonreír abiertamente.

La agarró por la solapa de la bata de estar por casa y la echó hacia él, besándola.

-Te quiero.

-Seis hijos -comentó ella sacudiendo la cabeza. Parecía un poco asustada, pero era evidente que también estaba contenta.

Lo cierto era que, aunque tuviesen seis más, Nick nunca se quejaría. Tenía suficiente amor para todos.

-No está mal para una mujer que no quería tener hijos.

-Steven tendrá poco más de diez años cuando nazca el bebé -dijo Zoë pasándose la mano por el pelo, que había empezado a volverse gris en las sienes-. Debemos de estar completamente locos.

-Es probable -admitió él.

-Supongo que es culpa mía, por casarme con un hombre que quería una familia muy numerosa.

-Sí, ya sabes lo que dicen.

-El necio es atrevido y el sabio es comedido.

El sonrió.

-Ten cuidado con lo que deseas, porque puede hacerse realidad.

Fin